

Tehura



nº 2

REVISTA TEHURA
CREACIÓN, FILOSOFÍA, ARTE, POLÍTICA, SOCIOLOGÍA...

PRESENTACIÓN

Tehura nace como revista de política, arte y cultura en un sentido amplio, exclusivamente en formato Web. Su periodicidad es anual, esperando que esta publicación se acoja por el público lector. Algo que desde luego no nos desanima, pues nuestra fe es mucha y nuestro empeño aún mayor. En ella se podrán encontrar ensayos, cuentos, poemas... y concienzudos y bien matizados análisis de lo que convenimos en llamar Realidad: desde el peronismo y la Argentina contemporánea, pasando por el presente del teatro, hasta lo último en Arte de hoy... Pasen y lean.

Revista Tehura: número 2, diciembre 2009.

Comité de Redacción:

Director: Darío Barboza Martínez, Secretario: Antonio Heredia Fernández
Vocales: Mariana Gema Sánchez Hernández, Santiago Úbeda
Cuadrado, Nicolás Gálvez Montaña, Andrea Bani.

Edita: Asociación Cultural Iberoamericana. CIF: G85191617

Publicación Online. Periodicidad Anual. Diseño: Gerardo Weiss

Revista Tehura
C/ Alcalá 196. Apto. 74
28028 Madrid, España
Tel: 913559140
Fax: 913559140
E-mail: tehura@tehura.es
Página Web: <http://www.tehura.es>

Copyright 2009

Derechos reservados

Las opiniones expresadas son las de los/las autores/as y no reflejan necesariamente las opiniones de la Revista tehura y su Comité de Redacción.

SUMARIO

PRESENTACIÓN

SUMARIO

- La casa de las pulgas

Mariángeles Rubio

CUENTO FICCIÓN

4-15

NARRATIVA SOCIAL

- Día de baja laboral

Santiago Úbeda Cuadrado

16-25

DRAMATURGIA

- ¿Es tan difícil contar un cuento?

Andrea Bani y Mariana Gema Sánchez Hernández

26-37

ILUSTRACIÓN

- Conversando con Asun Balzola

Justo Barboza Colantonio. Ilustraciones de Asun Balzola

38-42

DE LIBROS

- Felipe Pigna en Madrid: *Lo pasado pensado.*

Andrea Bani

43

TEATRO

- IV Festival de Teatro Rural: en busca de una realidad escénica fronteriza

Érica González

44-46

ARTE

-Propuestas gráficas:

Almudena Cabezas González: "Moviles" -portada y contraportada-

1, 47, 48

Daniel Ramiro: "Anochece en Lisboa"

4-15

Justo Barboza Colantonio: "La Serie de color"

16-25

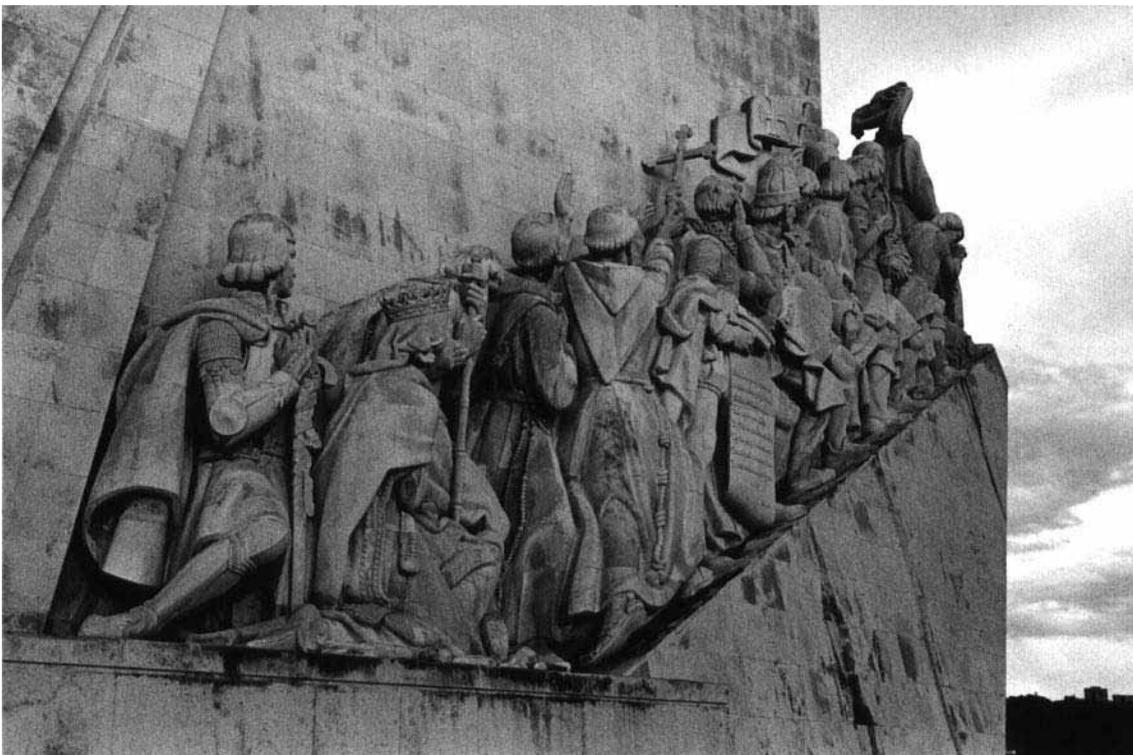
Darío Barboza y Justo Barboza: "Teatro mueve el triciclo"

26-37

La casa de las pulgas

Mariángeles Rubio

Fotografías: Daniel Ramiro



El agua empañaba la primera y fugaz visión de Lisboa. No quería perderme ni un segundo el paisaje, pero el cansancio me podía. Siempre que bajo al nivel del mar mi cuerpo entra en un sopor que apenas me permite abrir los párpados. Sin embargo hice un esfuerzo, quería ver la ciudad, sentirla desde el primer momento. Tras setecientos kilómetros, avanzábamos por el puente 24 de julio, completamente invisible por la lluvia. Le habíamos robado una hora al día. "Si yo tengo en mi reloj...Aquí por supuesto son las cuatro y cuarto". Las formas metálicas sobre el río seguían avanzando junto al coche. Todo lo demás había que intuirlo.

Una vez cruzado, seguimos carretera. La lluvia dejó de ser tan cerrada y pudimos ver un barrio que parecía el suburbio de alguna ciudad de América del sur, con las casas situadas sobre una escarpada ladera. Y yo me preguntaba si debido a la precaria situación de Darío y Laura no sería ese, el lugar adonde íbamos.

Me despisté y estuvimos a punto de irnos hacia Estoril. Hubo que dar la vuelta, volver a cruzar el puente en sentido contrario, pagar de nuevo el peaje y encaminarnos otra vez a la vieja Lisboa.

Todas las ciudades son parecidas en sus afueras. Fachadas sucias, grandes carteles de publicidad sobre los edificios y...¡Mira Santi, una estatua de Almada Negreiros! Cu-

rioso que se le recuerde en un sitio tan olvidado de la ciudad.

Río Tajo En el plano que Dani había recortado de un suplemento dominical no veían ni la mitad de las calles. Solo aparecían grandes avenidas y algunos monumentos. Al menos habíamos conseguido entrar en la urbe. Alberto estaba muy tranquilo al volante, a pesar de los pequeños atascos. Pero Dani estaba un tanto alterado. Siempre le gustaba tener controlada la situación y en ese momento se sentía perdido, sin saber por donde iba.

-Esto debe ser Marqués de Pombal. Si vamos hasta el final, llegaremos hasta el Rossio.

Le aconsejé a Dani que se calmara, porque no hacía más que mirar el plano como un poseso y buscar las placas de las calles para saber dónde estábamos. Los papeles se le caían continuamente de las manos, mientras pasaba las hojas fotocopiadas para atrás y para delante, delante y atrás, sin encontrar nada. Preguntamos por el Barrio Alto y una vez allí apenas tuvimos que callejear. Nos topamos con la calle Luz Soriano sin darnos cuenta.

Era una calle muy empinada. Desde lo alto de ella se veía el enorme desnivel. Lo más llamativo, era un balcón del primer piso con unas banderas rojas. Allí estaba Darío saludándonos con la mano.

- ¿Qué pasa Darío, es que vivís en una comuna o qué?

Darío sonreía divertido.

- Ya sabía yo que en cuanto llegáseis ibáis a empezar a darme la brasa con esto.

Dani comenzó a cantar "Bandera rossa" mientras Darío le seguía totalmente emocionado.

- Mira tú el anarquista éste, pronto te vemos con un rolex de oro.- Santi se reía a carcajadas, recordando aquella reunión de la CNT, en la que dos de los ponentes llevaban dicho reloj.

- Si tuviera uno ya lo habría vendido- Darío apiñó los dedos de la mano derecha y se los llevó a la boca indicando que lo hubiera hecho para comer- Pero no te hagas ilusiones que esto ya estaba aquí cuando alquilamos la habitación. Venga subir. Os abro.

Darío y Laura llevaban viviendo en Lisboa cuatro meses. Tenían una beca Erasmus pero era tan exigua que Río Tajo apenas les llegaba para pagar el alquiler de la habitación. Darío había ido primero y se instaló en otra habitación pero cuando Laura llegó, la casera les quiso subir el precio. Además les sermoneaba por dormir juntos sin estar casados.

- Laura saldrá ahora. Últimamente se pasa el día en la bañera. El agua caliente es lo único que le alivia las picaduras.

Laura venía por el pasillo con el pelo liado en una toalla. Nos saludó con la alegría que en ella era habitual.

- ¡Qué contenta estoy de que hayáis venido! Cuando Santi nos mandó el último E-Mail pensé que os íbais a rajar por lo de las pulgas.

- ¿Pulgas?- La voz de Dani era de verdadera angustia- ¿No eran chinches?

- ¡Qué va! Han resultado ser pulgas. Es que tardamos en descubrir qué clase de bicho era.

Dani había estado informándose durante una semana de la vida y milagros de las chinches, incluso había consultado con un médico si podían transmitir enfermedades. Ahora, como antes con el plano, se sentía perdido.

- ¿Y qué tal lo lleváis?

Laura sacó por la abertura del albornoz una de sus largas piernas. Estaba acribi-

llada.

- Joder tía, estás hecha un cristo.

- Sí, pero no os preocupéis. Seguro que no os pica ninguna de aquí al domingo. A nosotros no nos picaron hasta después de dos semanas. Se van metiendo entre las costuras de la ropa y ya no hay quien las saque.

La habitación era más grande que algunos estudios de Madrid. Cuando decidieron cambiarse de sitio este fue el primer piso que vieron y a Laura le encantó no solo por el espacio sino también por lo luminosa que era. Se trasladaron al día siguiente." Sabía que aquí podríamos ser felices, si no fuera por..." "La puta que la parió". Darío se quitó el zapato y el calcetín y empezó a buscar en él al rabioso enemigo.

Alberto sacó el costo. A Laura se le alegró la cara. Pidió a Santi que le hiciera un peta para ella sola a ver si con eso se le pasaban los picores.

-Se me ocurre que podíais aprovechar el filón y montar un circo. Lo mismo hasta os forrábais.

-¿Un circo?

-Sí, un circo de pulgas.

"Ladies and gentlemans, pasen y vean el mayor espectáculo del mundo. Ji,ji,ji,ji, o quizás debería decir el menor, no por la grandeza del show que es grandioso en toda su inmensidad, tan, ta, ta chan, sino por el tamaño de sus estrellas. Willkomen, benbenut, welcome, vean a la Gran Laura, la más bella domadora de pulgas de todos los planetas que en el Universo hay. Redoble. Crece la expectación del público. Redoble. Re tan, ta, ta chan. Pasen y vean no verán nunca nada que se le iguale." Darío miraba a Santi asombrado, no se creía lo de los circos de pulgas.

-Sí, hombre, sí, antiguamente las adiestraban y llevaban el espectáculo de pueblo en pueblo.

- Pues yo si me lo creo, porque no veáis si son listas no hay quien las caze. -

Laura, sentada en la cama, daba pequeñas caladas y trataba de taparse las piernas y los brazos para que no se le viera la hinchazón

Le dí a Darío el paquete que su madre les había mandado. Paracetamol. Aspirina. Cinco botes antipulgas. Pasta, lo más importante. Y tres paquetes de mate, la segunda cosa más importante.

- ¡Qué bueno que se acordó!. Yo voy a prepararme uno.

No conozco a argentino, que no tenga al mate como algo sagrado. Darío no era argentino. En realidad el llegó a España con nueve meses. Pero mantenía el acento de allá y su pasión por aquella bebida.

La cocina estaba al fondo del pasillo y el viejo suelo de madera de la casa, dejó oír cada uno de los pasos que Rio Tajodio Darío hasta llegar a ella. En el piso vivían tres chicos más todos ellos africanos. Solían reunirse en la cocina, pero en ese momento no había ninguno en casa.

- ¡Chicos esto ya está! ¡Veniros aquí!.

Santi no paraba de alabar el buen gusto de la infusión. A Alberto, a Dani y a mí no nos parecía tan delicioso el sabor áspero del mate. Laura prefería no acercarse mucho por la cocina. Al parecer ese era el lugar de la casa con mayor número de dípteros por milímetro cuadrado. Le llevé la taza a la habitación. Estaba delante del espejo retocándose el maquillaje.

- ¿Sabes? Así es como más me gusta viajar, yendo a casas de amigos. Creo que aunque tuviera muchas pelas viajaría de esta forma.

- Pues yo preferiría estar en el York House o en el Avenida Palace.

- ¡Vaya, vaya Laurie, no te conformas con poco. Menuda burguesa estás tú echa.

El clima era pegajoso. Todavía estaba nublado. Hacía bochorno y la humedad daba una enorme sensación de fatiga al respirar. Era agradable salir por fin a la calle. No nos importaba en absoluto que se pusiera a llover de nuevo, ya nos meteríamos en cualquier sitio. A un paso de la casa de las pulgas estaba A Brasileira. Había una nube de turistas haciéndose fotos junto a la estatua de Pessoa.

- En este sitio te cobran hasta por mirar. Nunca se nos ha ocurrido tomarnos nada aquí. Te clavan en las consumiciones. Os aseguro que este café de bohemio no tiene nada.

Sí Darío, tienes razón. Vayámonos de aquí. Aprisa. No encontraremos aquí su alma. Puede estar en cualquier rincón de la ciudad excepto aquí. Podremos sentirlo en las casas de varios colores. En los pequeños ultramarinos con olor a moho y pintura descascarillada. En cualquier sitio menos aquí. ¡Qué asco! El turismo lo pervierte todo. Sacco incesante de cualquier lugar del mundo que merezca la pena. Miradlos a todos. Tienen tan poco tiempo que no pueden impregnarse de la ciudad. No pueden disfrutar de sus calles estrechas, ni de sus varios colores. Ni siquiera pueden disfrutar de sus insec-



tos y de sus pulgas. Sí, huyamos de este lugar. Deprisa. Escapemos.

¡El tranvía! Estuve a punto de ser embestida por una de aquellas antiguas diligencias. Transitábamos por una calle atestada de coches y encima en obras. El caos. Antes de subir, había que reponer fuerzas. Un poco de pan líquido no nos vendría mal. Entramos en una pequeña bodega donde solo había un par de mesas. Darío pidió seis sagres y nos aconsejó que cogiéramos peladillas de la bombonera que había sobre el pequeño mostrador. Cogiendo cuatro o cinco podían ahorrarte una cena si estabas limpio de dinero. Al parecer el azúcar de esas golosinas podían calmar al más rugiente de los estómagos. A la salida de la bodega, nos encontramos con unas chicas también de Madrid.

-Mirar, estas son Cristina y Eva también son de Madrid.

-¿Qué tal?

Laura me dijo que el bolsito que llevaba una de ellas solo le había costado doscientos

tos escudos.

-Tenemos que ir a la feria da ladra es superbarato. El sábado vamos.

-Sí, es muy barato pero yo de tanto rebuscar entre la ropa salgo con las manos llenas de picaduras de pulgas. De todas formas es divertido, a Eva y a mí nos encanta ir, y además se encuentran verdaderas gangas.

Las dos chicas se marcharon. Laura nos miró con una mirada entre alegre y triste.

-Ya véis que aquí el tema favorito de los erasmus son las pulgas, casi nadie estudia nada y se toma esto como unas largas vacaciones. Pero sabemos más de este bicho que algunos estudiosos.

Alfama. Este es uno de los sitios que prefiero para pasear. A veces vengo solo. Me relaja este barrio. Desde el mirador de Santa Catalina hay buenas vistas.

El cielo se había despejado de nubes mientras subíamos a Alfama. Terminado el blanco y negro del principio Paseo rio tajode la tarde, Lisboa se abrió a mí con sus casas de diversos colores. Me cegaba una luminosidad de oro y azafranes teñidos de púrpura que se reflejaban en los tejados rojos. Durante unos segundos la invisibilidad fue total. Los seis permanecemos un largo rato apoyados en la balaustrada del mirador. Allí estaba todo lo inabarcable. ¿Cómo sería estar en el punto exacto en el que el río se pierde y se mezcla con las aguas del océano?. Abajo, los barcos cruzaban el estuario entrando y saliendo de los muelles. Arriba, comenzaba a declinar el brillo cromático y se encendían las luces de la ciudad. El mirador se fue quedando cada vez más vacío. Y el viento se alejó ahora en sentido contrario, para adentrarse en lo desconocido. Pero allí seguíamos nosotros entre cigarro y cigarro, contemplando cómo la oscuridad se cernía inevitablemente sobre el agua. Y saboreando en solitario un lugar que ya era nuestro porque empezábamos a sentirlo. Respiré con fuerza el olor del mar y la inhalación anegó mis ojos.

Olía a especia desde el portal. Era la hora de la cena y todos los habitantes de la casa habían llegado ya. El ambiente en la cocina era muy animado. Laura nos presentó a sus compañeros de piso: Kimi y Mohamed que eran los dos de Senegal, y Obama, un guineano muy simpático pero bastante más tímido que sus otros dos compañeros. Laura sacó un pollo de la nevera. Ella y yo, comenzamos a trocearlo, Laura me iba explicando cómo debía hacerlo. Lo mejor era agarrarlo bien y dar un golpe seco sobre la tabla, ¡muslo!, volver a coger otra parte, Contramuslo!, y de nuevo hachazo en seco. En uno de los golpes nos saltó sangre de las vísceras del pollo, a la cara. Nos miramos con un gesto de asco pero sin parar de reírnos. Santi nos limpió la cara con un pañuelo. Mientras Darío preparaba las verduras, Santi cocía el arroz, y Alberto y Dani fregaban todos los cacharros que se iban ensuciando. Todo un equipo bien organizado.

Los chicos africanos habían terminado de preparar su cena. Lo echaron todo en una gran fuente y la pusieron en el centro de la mesa, recubierta con papeles de periódico a modo de mantel. Obama apartó todas las sillas que había alrededor de la mesa y se pusieron a comer de pie. Nos decían medio en inglés y medio en portugués que comiéramos nosotros también. Era para mí de lo más exótico, comer un guiso de carne con cuchara y de un plato común para todos. Pero los observé a ellos y al final acabé teniendo una increíble destreza para cortar la carne. Simplemente lo probamos porque éramos muchos y no queríamos dejarles sin cena, estando preparándose la nuestra. Pero ellos no paraban de insistir en que siguiéramos comiendo. La hospitalidad de aquella cena me hizo creer en la bondad de todo el continente africano. No importaba que apenas pudiéramos entendernos, fue un momento de comunicación por encima de las barreras idiomáticas. Cuando acabaron de cenar recogieron el plato y los cubiertos, hicieron un buruño con los papeles de periódico y la mesa quedó lista para nosotros. Cada uno se fue a su habitación excepto Kimi que era el más extrovertido. Laura le habló al oído, quería darnos una sorpresa.

- ¡Treinta mil escudos!,- Laura seguía riendo,- ¿Podéis creerlo? Le digo que toque un poquito para nosotros y me dice que tiene que ser cobrando

Kimi era músico, en su familia todos lo eran, y él con seis años ya tocaba varios instrumentos.

-Venga Kimi, que nuestros amigos tampoco tienen dinero.

Kimi salió de la cocina muy serio y diciendo que no con el dedo.

-No, Laura, no.

-Kimi, no volveré a hablarte jamás. ¡Qué tío está como una cabra!

Kimi volvió a entrar con un xilófono entre las manos. Lo había construido él mismo y estaba muy orgulloso de Paseo Río Tajoél. Dejó el instrumento en el suelo y tocó sentado en una silla, en una postura ciertamente difícil. Tocaba con mucho entusiasmo y cantaba las canciones haciendo que también nosotros las tarareásemos. Los ritmos cálidos nos animaron y empezamos a bailar sobre las losetas rojas y blancas de la cocina. El denso olor a especias, a cuero, y a madera, mezclado con el after-shave del pulcro músico, era exactamente el olor que África tenía en mi imaginación. Con el Hármatan recorriendo nuestros gélidos cuerpos.

Como suele suceder cuando alguien se hace tanto de rogar una vez que comenzó ya no quería parar. Alberto, un apasionado de la percusión, miraba las manos de Kimi completamente hipnotizado, y Santi se dedicaba con la cámara, flashazo va flashazo viene, a inmortalizar aquel momento. Cuando Kimi miró el reloj de la cocina se dio cuenta de que llegaba tarde al trabajo, un local donde él tocaba todas las noches. Bye, bye. Kimi, cogió el xilófono y salió a toda velocidad del piso.

-¡Menuda suerte poder vivir de lo que te gusta!

-¡Es mi sueño!

-¡Y el mío!

-Es el sueño de todos

A las doce de la noche la ciudad estaba desierta, sorprendente, teniendo en cuenta que al día siguiente era fiesta. En cambio, el club donde los erasmus se despedían del congreso de jóvenes "filósofos", estaba atestado de gente. Y ¡Mierda! Allí estaba media



facultad de Filosofía de la Complutense. No me lo podía creer, ¡Atravesar media península para ver las mismas caras que el resto del año! ¿Y cuál era el tema estrella de las conversaciones? Sí, sí, las pulgas. ¡Oh, no hemos aprendido nada de filosofía, pero somos todos unos grandes especialistas en insectos de todo calibre! Al menos, había un concierto de jazz para pasar el rato. El paseo vespertino y la larga caminata nocturna hasta llegar al club, me habían dejado exhausta. Me derrumbé en una de las sillas que acababa de quedarse libre, y apuré hasta la última gota, una cerveza tras otra.

-¿Creéis que nos abrirán?

-Seguro que sí. La otra noche nos abrieron a las cuatro de la mañana. Laura, mejor vamos por la parte de atrás, y llamamos por la puerta del horno.

-Sigue insistiendo. Hay luz. Sigue llamando a la puerta.

Habíamos conseguido llegar hasta el barrio a trancas y barrancas, sorteando las interminables cuevas lisboetas, con las cabezas embotadas por el alcohol y la espesa niebla nocturna. Y ahora, aporreábamos la puerta de una panadería, con la esperanza de que nos dejaran probar aquellas delicias, cuyo aroma se filtraba hasta nosotros. Nos abrió un tipo enclenque y simpático, que saludó a Laura y Darío con un gesto que indicaba: "Vaya, vaya, ya están aquí los pesados de todas las noches". Kkkkkkkkk...Me castañeteaban los dientes y mis manos eran dos témpanos. El húmedo frío, traspasaba los huesos. Dentro del horno, los empleados sacaban palas enteras repletas de pan recién hecho y lo iban dejando en los anaqueles metálicos, que al día siguiente abastecerían a medio vecindario. Laura gesticulaba más que hablaba con el señor que nos había abierto. No era habitual vender pan así, pero puesto que ya casi eran clientes nocturnos habituales harían una excepción. Dos panecillos por cabeza y listos para dormir. El pan estaba tan calentito y crujiente que casi era un sacrilegio rellenarlo con algo. Pero el brioche y una buena tabla de patés tampoco desmerecían nada. Unté el queso en el panecillo, con la mirada perdida en las losetas rojas y blancas del suelo de la cocina.

No había cortinas, porque Laura las había arrancado de cuajo dos días antes para ver si disminuía la población de pulgas, así que el sol comenzó a entrar en la habitación bien temprano. Me levanté a entornar las puertas de las ventanas y ya a esa hora la vecina de enfrente apoyada en su balconcillo nos miraba. La curiosidad insana no conoce fronteras. Su imagen, puesta en aquella fachada derruida, armonizaba bien con el aire decrepito del barrio. Cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, la mujer volvió al interior girando la cabeza con altivez. La calle ya estaba en sombra cuando volví a abrir los ojos a eso de la una del mediodía. Los cinco seguían aún durmiendo. Laura y Darío estaban acurrucados bajo el edredón nórdico, exactamente en la misma postura que cuando se acostaron. Y relacioné aquella imagen con un remoto ideal de felicidad. Santi había variado de posición y ahora estaba de espaldas a mí, y Alberto y Dani dormían plácidamente en sus sacos. Yo no podía más, me dolía todo el cuerpo de estar allí tumbada.

La estructura de la casa era tan antigua, que los cuartos de baño estaban en el patio que había junto a la Lisboacocina. Como el piso era un primero, sobre el patio no caía ni un solo rayo de sol. Pero, el trozo de cielo, que desde allí se veía, estaba completamente despejado de nubes, y la temperatura era muy agradable. Darío decía que el cuarto de baño también era un buen caldo de cultivo para las pulgas, pero como la casa estaba en total silencio y yo no sabía qué hacer me dí un baño. Llené la bañera hasta la mitad y probé todos los botes de cosméticos que Laura tenía sobre la repisa. Champú de melocotón, sales de baño con olor a madreSelva, leche corporal de moras. Estaba convencida de que aquella mezcla de olores, sería más eficaz para mi protección que el maldito Autan de la noche anterior. Me sentía como nueva.

Era jueves santo y en Lisboa, como en todo buen país católico, también era fiesta. Mohamed vestido con una chilaba azul celeste, estaba en la cocina planchando con esmero una camisa que acababa de recoger del patio. Se ofreció a prepararme un té, pero yo prefería desayunar leche. Cuando oyó la palabra desayuno, se quedó muy extrañado, al fin y al cabo era prácticamente la hora de la comida. "¡Ah comprendo! Darío y Laura siguen durmiendo, jamás he conocido a nadie que durmiera tanto como ellos. Muchos días

cuando vengo a comer ellos aún duermen". Se notaba que aquel chico hacía tiempo que vivía fuera de casa tan solo con verle coger la plancha. Mientras yo desayunaba, él siguió con su tarea y de paso aprovechó para contarme lo que él pensaba de los europeos con respecto a su continente. Sí, le decía yo, África está hecha a golpe de escuadra y cartabón. Pero él empezó a apasionarse con el tema y a soltar un discurso:

-No sabéis nada de nuestro continente. La mayoría habéis visto cuatro películas en las que salen Kenia y los safaris pero no tenéis ni la menor idea de nuestra historia. ¿Cuánto tiempo dedicaban en el colegio a contaros nuestra historia? Me imagino que sólo estudiarías África cuando llegasen los temas del colonialismo. ¿A qué no me equivoco? En cambio nosotros sí hemos recibido una buena ración de las hazañas europeas. Siempre subyugados. Y acatando lo que el gran Dios blanco diga.

Mohamed se fue exaltando cada vez más. Incluso se quemó la mano con la plancha. Yo estaba completamente de acuerdo con lo que decía. Sí, países enteros atados hasta el infinito por las deudas externas al mundo rico. Todo lo que decía ya lo sabía yo y además estaba en contra de aquella miserable usura. Lo que empezó a cansarme fue que derivara la conversación en monólogo, y ya no escucharse nada de lo que yo podía decir, porque él seguía hablando y hablando, completamente indiferente a mis opiniones. Sentí un gran alivio cuando Santi llegó a la cocina, y tras él todos los demás. Mohamed se sintió molesto de tener que dejar la conversación, y antes de terminar de planchar plegó la tabla y se fue con muy malos humos. Cuando me vio por la noche, me pidió disculpas por su brusquedad, pero Laura ya me había informado de que era un tipo un poco paranoico.

Alfama a mediodía. La luz que caía sobre sus calles y casas era bien distinta a la de la tarde anterior. Ahora, Lisboa el sol relucía en todo su esplendor sin asomo de nubes. A veces, abril no es el mes más cruel. Los vientos estaban completamente calmados y solo una ligera brisa marina, recorría el laberíntico trazado del antiguo barrio árabe. Fuimos a comer a un viejo restaurante, bueno no creo ni que tuviera esa categoría, mas bien era una casa de comidas con precios muy populares. Nos sentamos en la terraza exterior, desde la que se veía el tranvía que pasaba de vez en cuando por la calle de abajo. Tomamos un aperitivo. El olor de sardina a la brasa nos abrió el apetito.

-Aquí, preparan el pescado de forma sencilla pero exquisita.- Darío hablaba con su



habitual tono pausado.

-¿Ya habéis estado antes en este sitio?

-No, no me refiero a este restaurante, me refiero a toda Lisboa en general. No sé cómo lo hacen pero consiguen que el pescado esté sabroso preparándolo de forma sencilla.

Era cierto, las sardinas, sin apenas aderezo tenían todo su jugo y su sabor a mar. Y los platos de garbanzos, también con pescado, eran algo excepcional. Repetimos dos raciones de bacalao. Y por supuesto una ronda más de Superbocks. Preferíamos una cerveza más a tomar postre. Sabíamos que los postres incluso en un sitio tan barato era lo que más abultaba la cuenta.

De nuevo, la vieja discusión entre Darío y yo sobre América Latina. No da igual, que el capital esté en manos de extranjeros, principalmente, norteamericanos. Pero ¿No te das cuenta? para el ciudadano pobre lo mismo da que el dinero sea de compatriotas ricos que de extranjeros ricos, porque a ellos no les va a llegar ni un chavo. Pero si estuviera nacionalizado sí podrían beneficiarse. ¿Nacionalizado? Acuérdate de Chile. Fumémonos un portugués suave. Eso, eso, la pipa de la paz. Siempre acabamos discutiendo los dos, de cualquier cosa, y cuando acabamos, la conversación ha derivado por un cauce tan distinto al tema inicial, que ya ni nos acordamos de porqué empezó la discusión. En todo caso siempre son charlas agradables, y si además estábamos en una cálida sobremesa después de haber degustado platos exquisitos, la charla era más agradable todavía. Laura pegó un pequeño grito, se había estado rascando la pierna y ahora se le habían reventado algunos granos. Darío le recriminó su actitud.

- Laura por favor, no te rasques o acabarás por destrozarte el cuerpo entero.

- Es que no puedo evitarlo.

- Es mejor que no lo pienses- Este era el absurdo consejo que siempre me habían dado a mí cuando los mosquitos me habían atacado, y ahora yo se lo daba a Laura.

- Sí, eso es lo que me dice todo el mundo. Pero esto no hace falta pensarlo, con sentirlo ya es suficiente.

El castillo estaba lleno de gente. Habíamos subido más que nada, para bajar un poco la comida. Tras las vistas panorámicas, bajamos hasta el río, por las calles solitarias y advenedizas del antiguo barrio de pescadores. Más de una vez nos topamos con callejones sin salida.

Después de un día tan largo y de tantas paradas, tasca tras tasca, llegamos al piso un tanto ebrios. Solo nos apetecía bailar. En el cassette, cada uno competía por poner la música que le gustaba. Lo mejor era turnarse, a Dani, le gustaba la música brasileña. Pero la cambiamos por la voz de Morrison. Cuando eres un extraño nadie recuerda tu nombre. Se nos cayó la lámpara del techo. Era un enorme globo de papel blanco. Su etérea masa iba pasando de unas manos a otras con suavidad. Al igual que los petas a los que Laura se había aficionado como alivio a su dolor. Otra vez en la infancia. Me siento pequeño: me siento pequeña. Santi y yo, nos sentamos de un salto en la cama, y las dos patas traseras del somier cedieron. Risas y más risas, todos sentados sobre el colchón, ahora en vertical, hundiéndolo más aún. Santi cantaba al compás de los Doors.

- Será cotilla la tía de enfrente, todo el santo día mirando por la ventana. Me pone enferma.- Laura hablaba mientras miraba a aquella mujer que yo había conocido por la mañana mientras me observaba.

- Pasa de ella.

A Alberto, como siempre tan tranquilo, le importaba poco lo que la mujer hiciera o dejara de hacer. Santi acudió en ayuda de todos. Abrió completamente las puertas de los balcones y se plantó allí delante desafiando a la intrusa y levantando los hombros con descaro indicando algo así como "Oye rica, ¿Tenemos monos en la cara, o qué?". La mujer huyó hacia el interior de la vivienda, aún más rápido que al amanecer. De todas

formas daba igual, pronto ya no se acordaría de nosotros. Cuando eres un extraño nadie te recuerda. Cuando eres un extraño las caras se difuminan tras la lluvia.

Con el embozo dejándome solo libres los ojos, veía el monumento a los descubridores, desde la delgada franja que separa la vigilia y el sueño. Yo me había puesto muy pesada para que Dani me hiciese una foto. Tengo que estar justo en el centro del Tramp Steamer, el viejo mercante, con la pintura carcomida por el salitre y el tiempo, antes de que remonte el río y atraque en el muelle. Parece que no se mueve, pero está avanzando. Ahora, ¡Vamos, dispara ahora! El barco está pasando justo detrás de mí. Una foto perfecta. Y después andar casi en el límite del agua, desafiando a los elementos y a nuestro propio equilibrio. El pavimento se inclina suavemente hasta hundirse en el Mar de Palha. Dani, siempre tan prudente nos dice que si seguimos andando por el filo de aquél suelo resbaladizo, podemos caer al agua y después con toda seguridad coger una pulmonía. No le haremos caso y seguiremos andando por el borde con los brazos abiertos, como si fuésemos acróbatas sobre la cuerda floja.

En Já Disse, un discreto restaurante, el camarero nos recomendó que pidiésemos doradas. Como era la última noche, y todavía nos quedaba algo de dinero, decidimos tirar la casa por la ventana. De todas formas no nos quedó otro remedio, porque todos los sitios baratos del barrio estaban a rebosar de gente. Tuvimos que cenar prácticamente en penumbra por que había actuación, y entre bocado y bocado se sucedieron varias cantantes de fados. La primera era una bella joven, con una entonación demasiado vulgar. A mitad de la dorada, apareció una voz maravillosamente desgarrada en un cuerpo de freak. Una mujer con chepa, que acompañaba su voz de un grandioso movimiento de manos y cara de tragedia griega. Pelos de punta. En el intervalo que dejaban entre las actuaciones, encendían la luz y los camareros iban y venían a través de las mesas, dándose prisa para no destruir el clima melancólico que las cantantes iban generando. Se notaba que estaban acostumbrados a trabajar en esas condiciones.

Tras la cena, unas copas. El Barrio Alto está lleno de pequeños tabernáculos que en su día fueron tascas y que ahora están tomadas por gente joven. Los propietarios de estos sitios se han adaptado bien a los nuevos tiempos por el bien de su negocio. Las pequeñas mesas de aglomerado recubiertas de plástico azul estaban rebosantes de gente,



de alegres conversaciones y de grandes jarras de cerveza, de las que nosotros también dimos buena cuenta. En este bar en el que entramos había incluso una antigua Juke-box que funcionaba con 25 escudos. Por dos veces sonó el It's now or never de Elvis.

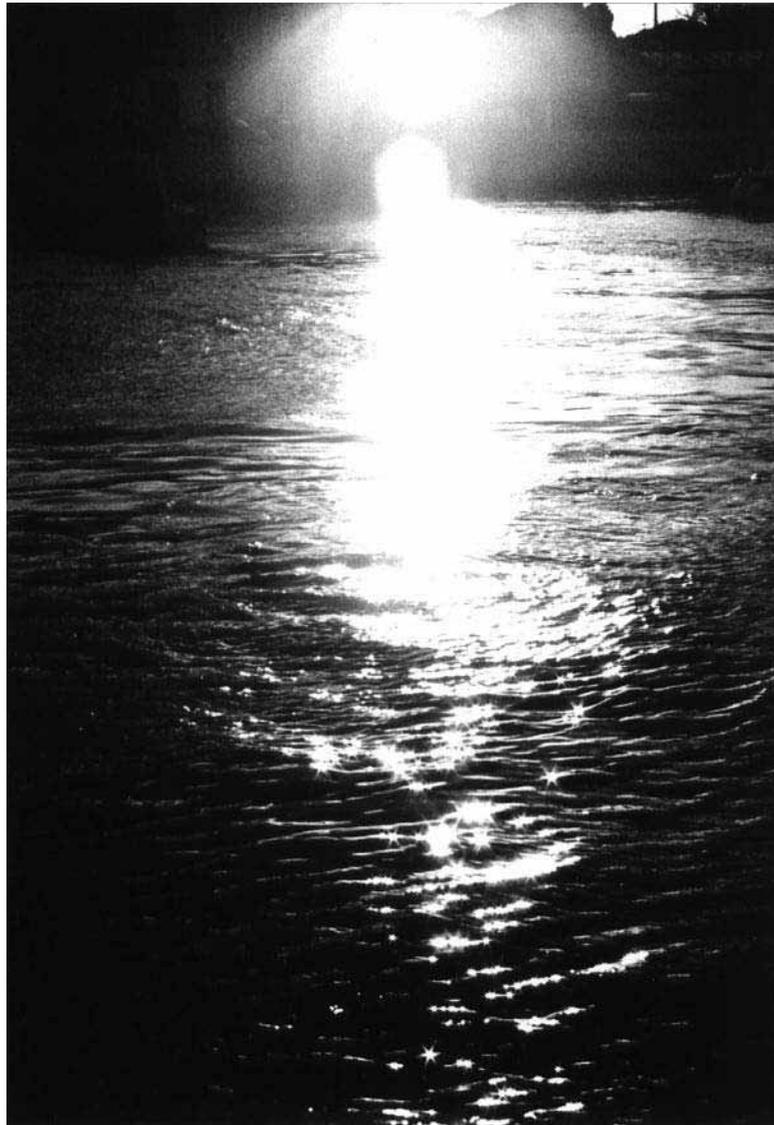
A las tres de la mañana, la dueña, una cincuentona entrada en kilos comenzó a dar palmadas, y este acto fue acogido por los fieles, algunos de ellos también extranjeros, con un solemne ¡Ohhhhhhhhhhhhhhh!. La camarera, muy seria, se frotaba con energía el reloj de la muñeca. ¡Nooooooooo! La mujer se encogía de hombros, mientras el camarero, su marido quizás, apagaba las luces, y tan sólo quedaron encendidas en lo alto de la pared las luces de emergencia. Casi no nos veíamos las caras. La mujer había insistido ya varias veces en que era la hora del cierre, pero de allí no se movía nadie. Estábamos a la espera de algo, pero no sabíamos de qué. De repente, un fulminante chorro de voz herida, inundó la tasca. Era la camarera, que desde un rincón oscuro dejaba surgir lo que probablemente era una vida frustrada como cantante de fados. Probablemente con veinte años no hubiera tenido esa fuerza, su voz estaba marcada por la vida, al igual que le había ocurrido al entrañable freak de Já Disse. La emotividad de sus canciones fue in crescendo. Las primeras tenían un tono festivo y en algunos fragmentos fue acompañada por el grupo de jóvenes alemanes que, entusiasmados, tarareaban con ella los estribillos. Poco a poco, toda la fuerza expresiva de su voz se concentró en lo que eran los versos tristes de fados dedicados a viejas historias de amor, pero lo viejo se hace nuevo.

Saudade. Nostalgia del presente ¿Es eso posible? Naturalmente que sí. Saudade. Nada más triste que la nostalgia de la nostalgia. Tal vez aquella misma mujer hubiera protagonizado en el pasado una historia similar, a las historias que ahora nos cantaba. Una bella joven que quedó allí esperando a que el mar le devolviera, las palabras susurradas por un marinero. El hombre seguía tras la barra, y la mujer se había situado en el centro del bar. En uno de los trozos más tristes del último fado ella miró al hombre. Parecía decirle: Te quiero a pesar de todo y él le devolvía la mirada: No me importa tu pasado ahora estás aquí. Las dos voces se fundieron sin estridencias y la voz de ella arropó a la voz más pobre del hombre. Todos allí sentimos un arrebató de tristeza. Pessoa, encontré tu alma. El sonoro aplauso de los parroquianos que allí estábamos emocionó a la mujer, ya de nuevo iluminada por todas las luces del local. Ella misma se quedó en la puerta del bar y fue despidiendo a todos los clientes, con un apretón de manos. Había llorado durante su actuación pero ahora desprendía serenidad por los cuatro costados. Yo también había estado a punto de llorar por lo sublime del momento.

Una noche más, fui la última en dormirme. Todos dormían y yo podía verlos dormidos. Poca gente me conoce a mí dormida. Reflexionaba. Todo el marasmo de mi vida, estaba ante mí. Me gustaría vivir así como ellos, que parecían no tener ninguna preocupación y dormían acurrucados durante doce horas seguidas bajo el edredón. Santi, aun dormido, me sonreía desde los sueños. Al día siguiente nos levantaríamos tarde. De nuevo los primeros rayos de sol fueron a darme directamente en los ojos y tuve que cerrar las contraventanas y de nuevo la vecina observaba. Metida bajo las mantas, aún resonaba en mi cabeza el eco de los fados. Ví, por última vez antes de dormirme ese último día en Lisboa, la imagen de nuestros anfitriones tranquilamente durmiendo sin variar para nada de postura. A las tres de la madrugada llegamos a Madrid.

En verano, Darío y Laura abandonaron la casa de las pulgas. Y un tiempo después su relación terminó. Derrumbándose, de nuevo, una imagen idealizada. Meses más tarde, abandoné la carrera que me había estado martirizando durante los últimos años y maté a la última pulga que se había quedado enganchada en mi ropa.

¡Ladies and gentleman! ¡Admiren el mayor espectáculo del mundo! ¡Disfruten con nuestros seis bellos domadores, estos cuatro hombre y dos gentiles damas, harán las delicias de todos ustedes! ¡Entren a la casa de las pulgas! y ¡Pasen y vean!



Día de baja laboral

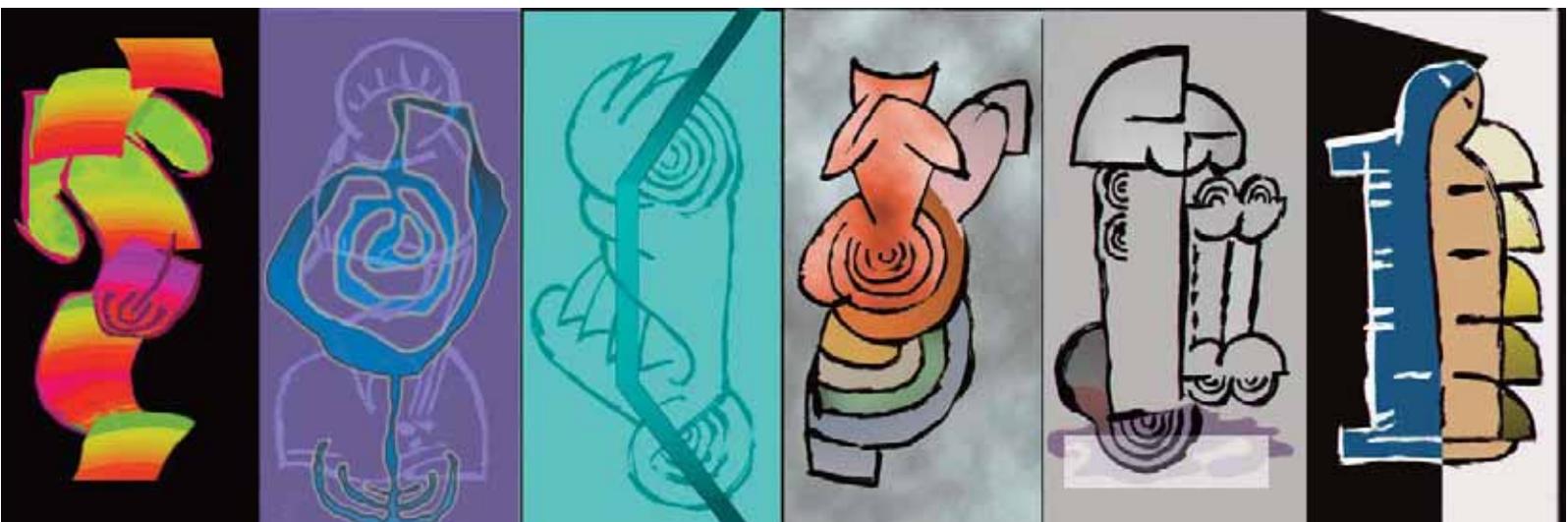
Santiago Ubeda Cuadrado

Ilustraciones: Justo Barboza Colantonio

**"En mí, la personalidad es una especie de forunculosis
anímica en estado crónico de erupción"**

OLIVERIO GIRONDO

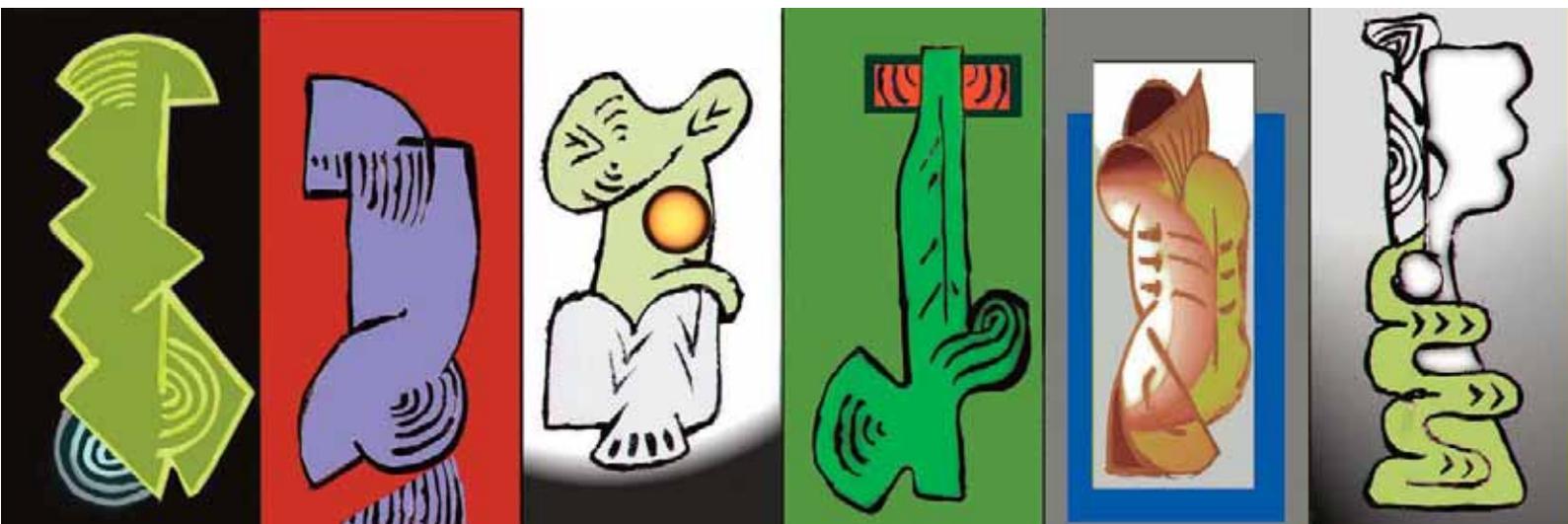
Anoche vino a verme Laura. Me pilló de improviso y no tenía casi nada para beber, así que bajamos a un bar irlandés que hay cerca de mi casa. Empezamos en la barra, Laura con una cerveza y yo con el ron. Conversamos sobre las últimas lecturas, sobre el aburrimiento cósmico de las clases magistrales, sobre el trabajo, esa peste de nuestros días, sobre la sombra del humo, también, en definitiva. Sin que nos diéramos cuenta, el camarero ya nos había llenado de nuevo nuestros respectivos vasos. Me fijo en la manera descarada con que el camarero observa a Laura. A ella le resulta indiferente. Estará acostumbrada, supongo. Apuramos nuestras bebidas a velocidad de vértigo y empezamos con las grandes declaraciones, inevitablemente. Laura me comenta de sus visitas al psiquiatra, de los sablazos que le pega. Me deprime pensar en Laura entrando en la consulta del alienista, con sus largas piernas y su caminar flotando. Por-



que Laura no anda sobre el suelo, levita, se eleva más aún y estalla en carcajadas, a veces incluso antes de haber despegado. Le digo que en ocasiones, en esos momentos en que el vacío y la angustia se te agarran a las paredes del estómago, me parece estar pagando un tributo por mis descomunales carcajadas, que no son sino un estallido final que anuncia el ocaso de la euforia, ese estado desaforado en que uno se abriría el pecho para sacar de una vez por todas lo que de uno queda, el residuo último. La vida nos desborda pero luego es incapaz de reconfortarnos cuando nos arrulla en su manta caliente de bostezos y tedio. A Laura le desconcierta la vivisección de mis sensaciones, en parte porque las suyas son las mismas, pienso.

Nos sentamos fuera y seguimos bebiendo. El camarero, en exceso solícito, no para de ofrecerle a Laura más y más cerveza, aún a costa de nuestros mermados bolsillos. A mí me sirve los cubatas muy sobrados de ron, y eso se agradece, que no es común en la hostelería hispana de los últimos tiempos ni la generosidad ni el dispendio. Al poco, comenzamos con las canciones populares rusas, hondeando el vaso a derecha e izquierda. A partir de ese momento perdemos toda noción de la realidad, que no existe por no ser ésta ni objetivable ni medible ni reducible a objeto en sí o como tal, sino que es sólo pura configuración de dentro afuera, desde nosotros, nuestra, y tanto nos da creer percibirla bajo los efectos del alcohol o después de tirarnos un pedo, porque no es cosa que sea vista ni que nos vea ni que veamos, la realidad. Después me puse a cuatro patas bajo la mesa y me erguí, soberbio e ingrátido, dando al traste con vasos, cenicero, palillero y móviles, entre las risas de Laura y las desaprobaciones y mohínes de algún que otro cliente. El camarero no se mosqueó porque con quien debía tener algo era con su jefe y por eso nos puso aquellos magníficos rones, en particular venganza contra su superior y a sabiendas, estoy seguro, de los estragos que semejantes cantidades de alcohol suelen producir en el ánimo de gente ya de por sí excesiva y excitable como nosotros.

Agotado el dinero, acudimos a sacarlo de las paredes. Quiero decir que fuimos a un cajero automático. Es una calle principal de Getafe donde los encuentras por docenas. Y todos estaban ocupados y con cola. Entonces una verdad me fue revelada: el cajero automático es la última puñalada trapera contra la Iglesia Católica Apostólica Romana. Ni la pérdida de valores, ni la televisión, ni el cine, ni el ordenador, ni el móvil o automóvil, o el psicólogo. ¡El cajero! Porque, ¿qué necio osaría perder su escaso tiempo postrando las rodillas ante el confesor en una de esas atávicas casetuchas de madera, pudiendo, en cambio, preguntar al Gran Oráculo, a aquel ante cuya presencia y con sólo apretar unos botones las intimidades de uno -¿Qué otro secreto de la vida privada moderna se guarda con más celo que la cuenta bancaria?- quedan desveladas punto por punto?





Volvemos al mismo lugar para seguir bebiendo. Las últimas copas. Cierran y nos vamos, calle arriba, agarrados por los hombros y al grito del agua es para las ranas. Cansada del mismo verso machacón, Laura se para en seco y arranca al instante con una samba. Y así llegamos hasta mi casa, yo admirando el prodigioso devaneo de sus piernas.

Nos despertamos a las dos de la tarde y Laura se presta a llevarme hasta el hospital para mi cura diaria. Aún andamos medio borrachos. Me pasa que con Laura -también con otros amigos- metamorfoseo el estómago en esponja y el hígado en destilería. Antes preparo café y le llevo una taza a la cama; ella aún no se ha levantado. Le comento si sabe de esa irritante práctica patria de los normalmente mayores de cuarenta y cinco años de hacer el membrillo por las europas, las américas o do quiera que vayan allende la Iberia. Me levanto con estas estúpidas imágenes de vídeo casero cuando ando de resaca. A Laura le deben haber puesto los mismos estúpidos vídeos y se siente presa de raudal

ataque de risa. Laura no tarda ni un segundo en vomitar el café sobre las sábanas. Tampoco estaba demasiado bueno, lo admito, es del barato. Dulce baba de dulce boca, is going to fall. En principio hay propósito de enmienda, pero prefiero que deje la limpieza para otro momento; ya me pondré yo más tarde.

Nos montamos en el coche y ponemos rumbo al hospital. Vamos fumando, bebiendo las primeras cervezas de la mañana-tarde y respirando la fragancia del deslizar de la goma sobre la brea arrojada por doquier y sin orden ni concierto por los campos de España. Nos perdemos dos, tres, cuatro veces. Con Laura, más que dirigirse a una calle, es ir a su encuentro, porque durante el viaje, éstas parecen moverse y cambiar de sitio. Tal es el desorden de su mapa encefálico; por no hablar del mío, pero yo no conduzco.

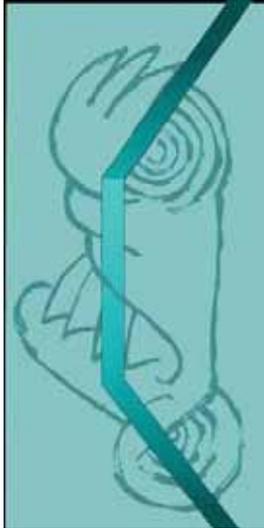
Paramos ante el desvencijado ambulatorio de fin de semana. Laura se larga. La sala de espera, pequeña, acogedora y entrañable a su manera está atestada de jóvenes y mayores, esposas, maridos e hijos. Rostros cetrinos y torvos que esconden, orgullosos, un íntimo deseo de clemencia, miradas desabridas e inhóspitas, cada una con su hospital a cuestras invadiéndole el alma, y esas conversaciones que se recrean, trotonas y gozosas, en la enfermedad ajena, en el infarto del yerno o la fístula del vecino, en el herpes trepador de la madre o los agarrotamientos musculares del primo, ya viejito pero no tanto como ella aunque con menos años, o la gota del marido, a su vera, sufridor silente y ausente.

Rápido me llaman porque ya tenía vez. La enfermera es una joven sudamericana de lo más simpática. Lee mi informe y me manda desvestir. Me bajo los calzoncillos y creo hipnotizar a mi enfermera con el sonido celestial del entrechocar de mis pelotas, que es como la música de los astros de la que hablaba Pitágoras. Me tumbo boca abajo en la camilla, temeroso ya de la que se me viene encima. Mi enfermera se acerca, gasa en la diestra, jeringuilla en la siniestra, con la vana promesa de no hacerme esta vez demasiado daño. Le pregunto cuándo dejará mi forúnculo de pronunciarse sobre la política internacional. Corren tiempos revueltos, ya sabes, me dice.



Salgo de allí medio arrastras y cojo el autobús. Caigo vencido en el borde del asiento. El autobús arranca. Tiembla mi ser entero y mi agujero doliente por donde la vida me rehuye a borbotones, a golpes de perfidia y de venganza. Miro por la ventanilla.

Me sobrecoge la tristeza de los bloques, deseoso de rendirme exhausto en el catre de mi nicho suburbano. Retiro el polvo del cristal con la manga del jersey e imagino el derrumbe inminente de todo ese absurdo montón de cemento. Saco mi grabadora y la pongo en marcha. No hay nada como una grabadora en estos momentos de duro trance. Me lanzo a perorar: El apocalipsis moderno según el apóstol San Jacobo el Ubedeo: arde el hormigón y su ponzoña, las nubes se incendian en un color rojo incandescente y el sol, al fin libre de obstáculos, se pasea como un equilibrista sobre la línea del horizonte; después despliega sus haces de luz y las nubes devienen ahora en puro fuego y vagan informes entre el cielo y la tierra, confundiendo con el humo de la definitiva conflagración, en un escenario irreal y espeluznante.



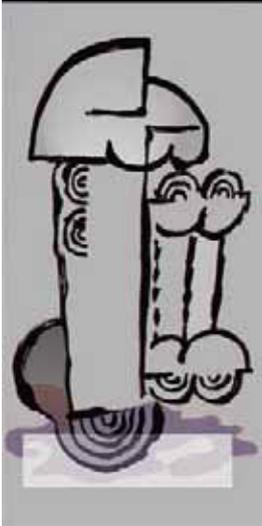
Desaparece entonces todo atisbo de podredumbre, somos puros en la acuidad de todas y cada una de nuestras sensaciones, comprendemos que el infinito existe y no a la manera de los dioses, sino de las pasiones, porque lo uno es consecuencia de lo otro y nosotros sólo somos y únicamente a veces consistimos, víctimas propicias del amor o la ruina... Y sé que nunca olvidarás nuestra noche y tu culpa se esfumará y tu no querer verme o verme casualmente y no querer tocarme ya ni olerme ni besarte yo suavemente puedo los párpados entrecerrados o tomar deliciosos tus lóbulos entre mis labios también desaparecerán con tu Dios que

se esfumará también como todas las cosas que hacen daño y nos confunden y desaparecerán las cosas que le doblegan a uno y serás entonces rapsoda, Chus, rapsoda de la palabra del poeta, palabra sin rival terrenal o divino, porque a nada ni a nadie hemos de rendir cuentas de nuestra noche única y eterna noche fulgurante en la que pudo haber sobrevenido el final del mundo, poco nos hubiera importado, y me llamarás entonces y serás tú, Chus, que quieres que te robe y te abrace fuerte y bailar fundidos el blues pantanoso de nuestra noche y la fiebre de tu pasión que te llega hasta las orejas y se te sale por fuera de tus ojos encendidos, raudal e incontenible Chus qué quieres enterrar abrazados de nuevo en el último instante de los tiempos el mundo se acaba en todas las aceras que ya no hay de todas las esquinas de todos los bloques que hubo y los locales de mi barrio reflejan tu rostro es un recuerdo antes de llegar a mi casa bésame el mundo se acaba y te abrazas a mi fuerte soy el último risco más allá el mar nos erosiona y purifica el viento y tus palabras me taladran hasta el fin de los tiempos, nunca antes había sentido así, nunca antes había sentido tanto, y tus palabras me agujonean el alma si es que hay alma, como dice mi amiga Mónica, asedian mi conciencia en mitad del sueño, nunca antes... nunca antes... nunca antes... y no volveremos a vernos, será mejor así, es suficiente, me digo, intento convencerme, pura en mi memoria inviolable tú, tú, Chus, nunca antes... nunca antes... Ahora, dices, te siento, respirar, aún, en mi oreja, no, no es amor, es El Amor o algo más, está más allá más allá te digo Chus tu Dios si quieres más allá los dioses Chus más cercanos más allá la palabra Chus la palabra Chus la palabra que nos dice y nos desdice Chus más allá más allá quien la guarda la palabra Chus baluarte quien la guarda Chus la palabra tú sabes Chus el poeta.

Llegamos a mi parada. Apago la grabadora y bajo renqueante. El conductor me mira circunspecto por el espejo retrovisor. Me doy cuenta en sus ojos. Siempre los ojos, la mirada: ahí está todo. Cruzo la acera y entro al estanco. Hay una chica haciendo promociones de mi tabaco. Le miro a los ojos y es tu misma mirada chispeante de ojos claros, Kristin. Le compro dos paquetes y me regala un mechero. Me encamino a la puerta. Me giro y le miro una vez más a los ojos a la chica de las promociones. Fuera irrumpe la tormenta. Me pongo la capucha y enciendo la grabadora: Oh Kristin, flor y prez de las américas, musa errá-



tica de las españas todas, californiana de ojos claros y sonrisa eléctrica entre cuyos enhiestos pechos creí arrancar el último secreto al universo. Recuerdo ahora las juergas sin fin y aquella noche a la salida del bar en que me metí dentro de un cubo de basura vacío y te insté a que me empujaras calle abajo, y te negaste y yo te insistí y te negaste de nuevo y lo intenté por mi cuenta y me caí de espaldas con el cubo por armadura y me quedé semimóvil lanzando extrañas imprecaciones a la noche y te agachaste hasta mí y me besaste y me dijiste que me amabas con toda tu alma y que por qué hacía esas cosas tan raras, y eres fuerte y me sacaste arrastras del cubo y te aferraste a mi cintura y yo a tus hombros y andamos calle abajo...



Miro el reloj. Son las seis y media. Me paso por el mercado. Regreso a casa cargado de bolsas. Las suelto en medio del salón y por no ordenar, por no recoger la mesa de botellas vacías y ceniceros atestados, huyo a comer al bar de al lado. Me ponen medio pollo recalentado con cuatro patatas fritas medio crudas. La televisión está a todo meter con el programa de la Terelu, o eso me parece a mí, no le presto demasiada atención. Como soporte: un plato hondo y pequeño. Consecuencia: el pollo encima de la mesa un dos por tres. Mientras rebaño el interior de los huesos (esa sustancia oscura y melosa) y le sorbo los pulmones, los higadillos y los pancreas al pelado esqueleto (en este sentido, también en otros, soy muy joyceano), compruebo que la camarera (el bar vacío: cinco de la tarde) no me quita ojo. No puedo por menos que entablar conversación con ella a la vez que gasto medio servilletero en quitarme los residuos y la grasa de las

manos y me interrumpo para sacarme con la lengua los residuos orgánicos de entre los dientes. Es maja la chica. Muy guapa, además. Le digo que me parece brasileña por el talle y el color de la piel, y no acierto: es marroquí.

Regreso a casa. Son las ocho de la tarde. Hora de llamar a LindaMarie. Conferencia a Inglaterra. Ahora tengo lo de Europa 15 y me sale algo más barato.

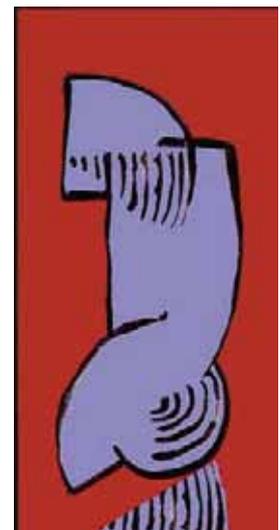
- Sunny...
- ¡Hola! ¡MarieLinda! ¡LindaMarie! ¡Marie acróbata y danzarina, libre, procaz y atrevida! ¡Marie risueña y graciosa! ¡Marie poeta y artista!...
- ¡¿Cómo va todo?!
- Bien... Sólo que las musas del Helicón me han poseído en salvaje cópula nocturna.
- Ya, estarás rodeado de pretendientas. En fin, sabes que no me importa. ¿Recibiste mi postal?
- Sí, me encantó. Te imagino brincando entre las florecillas de los prados británicos... tomando el sol a la orilla de los lagos que inspiraron a Wordsworth. Y los british del condado varando sus barcos a escasos centímetros de tu toalla. Y tú observándoles con lividinosa perfidia de Lolita casi treintañera.
- Tú siempre tan ocurrente...
- Pero los british son porque tú los miras y entonces la escena se consume, y por tus ojos navegan parejas de enamorados montados en góndola. O ya cansados, se besan apasionadamente tendidos entre tus pestañas.
- Ja, ja, ja... ¿Sabes? He conocido a un viejo marinero que curra en el hotel como lavaplatos.
- Suele pasar...
- El tipo ha navegado por casi todos los mares y océanos.
- Pregúntale si ha pasado por entre las columnas que sostienen el mundo.
- ...
- Sí. Ya sabes que la tierra es plana y que es por eso por lo que estamos servidos en bandeja.
- ... Sunny, por las noches me visita esa mirada tuya de estar siempre en otra parte, pero que a la vez es tan dulce. Y sé que me ves mirarte con los ojos de tu mente.
- I am a spy in the house of love...
- Te quiero, Sunny.

- Te quiero, LindaMarie "¡Y estaré enamorado hasta la muerte! ¡Y temblarán mis manos al coger tus manos! ¡Y temblará mi voz cuando te acerques! ¡Y te miraré a los ojos como si llorara!". ¿Recuerdas?
- ¿Cómo no me voy a acordar? Tarde en la tarde pensé que qué importaba, no sólo la noche nos descubre el misterio...
- "...el misterio que subsiste a través de todas las formas, de todas las vidas, abstractas o concretas, contingentes o eternas, verdaderas o falsas...
- ¡Un golpe! ¡Mirad! ¡Pasos! ¡Allí!
- ¡En la terribilidad del ojo del canalla que despuebla las dulzuras del canto!
- ¡En la crueldad de saberte vivo más allá del sendero del mago y del profeta!
- Y ahogándome y resurgiendo entre miles de aguas erráticas... y no lloverme en mí sino desecho de vida... y ser un miedo celebrante de vida... Yo también buceé en tus poemas y siento que no te has ido...
- Te echo tanto de menos...
- Yo también, LindaMarie.

Cuelgo y llamo al trabajo para decir que mañana tampoco iré a trabajar, que sigo enfermo. Como siempre, se pone Sonia, madame Sonia. Anda medio nerviosa con el titilar ajeno de los dígitos en pantalla, con el movimiento de papeles de un lado a otro de la mesa. Me intriga, madame Sonia. Con su mirada gatuna de persona segura de sí misma. Pienso en ella como en un ama de llaves abriéndome las puertas de su castillo encantado, en los confines del mundo. Y de buena gana le recitaría los versos que el Príncipe Patagón le dedicara a su también amada Sonia. Yo quisiera salvar esa distancia... ese abismo fatal que nos divide... Yo quisiera ser lirio y en tu lecho... allá en la sombra con ardor cubrirte... temblar con los temblores de tu pecho... y morir de placer al comprimirte... En fin, ya sé yo que las mujeres como madame Sonia se enamoran del poeta, del violinista o del titiritero, no del hombre disciplinado cumplidor con sus obligaciones. Madame Sonia busca su particular demiurgo que le desordene la vida.

Cuelgo y me encamino al servicio. Suena el teléfono.

- Dígame...
- Santi, soy Sara. ¿Qué haces?
- ¿Qué te hace suponer que hago algo? ¿Me has visto alguna vez cara de estar haciendo algo, de simular siquiera estar haciendo algo?
- Vale, Santi. Te llamo desde la oficina. Tengo que colgar rápido.
- No hay problema.
- ¿Sabes?... No consigo cambiar de curro. Siempre me llaman para lo mismo. Claro, con la cara de cría que tengo y esta voz tan ñoña...
- No transmutas los encantos, Sarita. El trabajo es asunto contingente y quimérico.
- Ah, estoy mirando para comprarme un piso.
- Virus acerbitatis suae evomo.
- ¿Cómo?
- Vale, te envió mi Guía Práctica para aprender a vivir en pareja sin casarse con el banco y luego hablamos.
- Pero, ¿qué dices?
- Joder, que tú no tienes novio... Entonces te mando mi versión para solteros. También tengo para parejas de hecho, para divorciados, para viudos, para...
- Te tengo que colgar Santi. Mañana te llamo.



Cuelgo. Voy al servicio. Apesta. Tengo que limpiar. Un día de estos. Mañana. Me siento al retrete. Atrapado entre el lavabo, la lavadora y la pared observo la ducha. El plato es una indecencia. Cada vez que intento limpiarlo, pocas, todo hay que decirlo: amasijo de pelos, pintura, grasa de los jabones y el ocre, sí, el ocre, que brota ahora del desagüe y la familia dice que es de la piedra, que es roja y es por eso. La materia ocre es adiposa y no sé si corrosiva y brota y brota e invadirá la casa entera y no habrá ya quien sobreviva aquí dentro con la puñetera materia ocre y adiposa que brota y brota.

Suena el teléfono. Salgo con los pantalones por los tobillos. Descuelgo.

- Santi, soy Moni. ¿Recibiste mis Instrucciones para comprar en un todo a cien?
- No.
- ¿Y mis Instrucciones para sobrevivir a los adolescentes?
- No.
- ¿Y mis Instrucciones para acudir al psicólogo?
- Tampoco.
- ¿Y mi receta?
- ¿Qué receta?...
- La de cabeza de doctorando con guarnición.
- No.
- ¡Qué dices, Hombre! Mira, tú hazme caso. Espera que coja el cenicero. Oh Ubedeo, ya llevo hoy cuatro paquetes de tabaco. Por no hablar de la cerveza...¡¡¡Qué sí, coño, que sí, que ya voy, hostias!!! Santi, ¿me escuchas?
- Sí, sí...
- Nada, mi madre, que está con la jaqueca. La pobre...¡¡¡Qué estoy hablando por teléfono!!! Joder, que harta estoy... ¡Santi!
- Sí, sí...
- Oye, dentro de media hora te dejo, que ha llamado Paquito el estanquero y ya debe estar de camino. No te imaginas... ¡Paquito es el patrón de la holganza! ¡Es uno de los nuestros! El tipo lleva cincuenta años consagrado al dios de la pereza.
- ¿Le has enseñado mi guía práctica...
- Verás, los puntos esenciales de su ciencia son: uno, tendencia irreprimible a la horizontal; dos, añoranza de la hamaca; tres, conquista de la misma, y cuatro, negativa a renunciar a ella. Paquito está convencido de que esta conquista es el secreto revolucionario que los dioses intentan ocultarnos.
- Qué barbaridad...
- ¡¡Oye!!... ¿Te he contado lo de la maleta?
- No.
- ¿No te acuerdas de "La maleta", el libro ese que te presté?
- Ah, sí.
- Pues mi vida es la historia contraria. Es muchas maletas llenas a reventar de cosas y proyectos que nunca escribiré, que nunca podré acabar. Santi, ¡mis maletas rebasan la lógica de la contención y la cordura del espacio! Mi cabeza son muchas maletas donde guardo ideas y ensayos que no desarrollaré, conversaciones con amigos imaginarios en que se fragua un mundo inenarrable. Se trata de ese eterno trabajo de la mente que habla con el cosmos de lo que ve, recuerda y ama...
- Sí, de esa extraña percepción creadora que transforma, como dijo Joyce, lo cotidiano en materia radiante de vida imperecedera.
- Exacto. Es el desbordamiento de quien mira el mundo como algo merecedor de ser rescatado. De quien anhela encontrar el esqueleto del caos o el orden o el Atlas que sostenga el universo desbocado. Mi ensayo hablaría de esto, Santi. Porque mi vida, mi habitación, mis infinitos papeles y posesiones cotidianas son eso, un sin fin de maletas que no pueden cerrarse ni aunque te sientes encima.
- No sé, Mónica. Igual todo se resolvería planchándolo.
- ¿Planchando el qué?
- Pues los poemas, los ensayos, las conversaciones que no caben en tu maleta. Como si fueran camisas.
- Acabáramos...



- Claro... Imagínate que por alguna extraña razón... Una informática aún más despiadada que la que padecemos nosotros, habitantes del caos...
- ¡Santi!
- ... tuviésemos que plancharlo todo. Los archivos, las poesías...
- Por favor...
- Plancharlos primero en la pantalla...
- Me estás enfermando, Oh Ubedeo.
- ... Porque la pantalla serpentea, se hace rugosa, tridimensional... Es indomable. Incluso te golpea en la cara.



- Muero porque no muero...
- Y habría que plancharlos una segunda vez. Después de impresos. Porque el papel es subversivo. No se doblega a su amo. Y no quiere entrar en carpetas...
- No puedo más...
- ... ni en muelles ni espirales... Ni en maletas. Y los más revolucionarios de entre los papeles se arrugan a sí mismos. O se automitilan en mil pedazos.
- Oh Ubedeo...
- Entonces, tu historia de la maleta sería otra. ¡Mónica la gladiadora librando batalla contra el soporte literario en rebelión!
- Sant...
- Pero ya el poder encontraría sus funcionarios del orden para hacernos la vida más insípida. Y vuelta nosotros a toparnos con otra

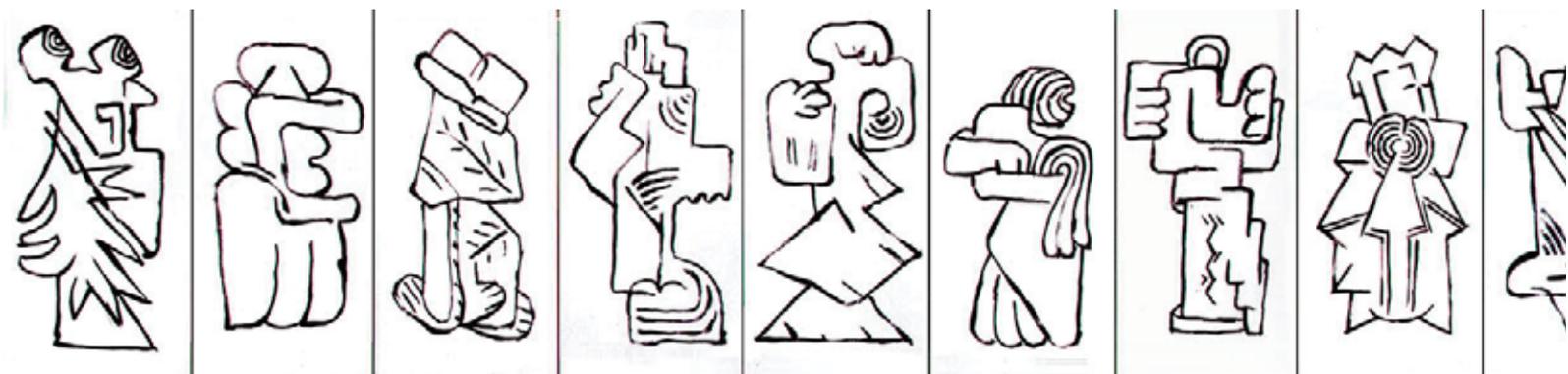
causa que nos convirtiera en héroes...

- ¡Basta! ¿Osas dudar de nuestra heroicidad, querido Ubedeo? Somos poetas, vivimos en un desbordamiento que no es sino la percepción inmensa de un mundo que debemos plasmar, una exigencia que nos agujonea como el más punzante de los estímulos. Algo que puede, en verdad, volverte loco. Es la certeza de un mundo que hemos creado y recreado mil veces. Sus voces nos visitan. Incluso el silencio se puebla de palabras. Nuestra mente se llena de imágenes, diálogos infinitos que nunca verán la luz, monólogos geniales cuyo destino es desaparecer en la diferencia entre lo que vemos, escribimos, decimos, y lo que imaginamos, creamos, inventamos. Vivimos embargados de un anhelo de registrar todo, de que no quede nada de cuanto singularmente vivimos. Y este anhelo es también muy difícil de soportar, querido Ubedeo. Y los poetas resistimos este asedio de nuestro destino. Por eso somos héroes, porque nuestra tarea es una hazaña indescriptible y no sucumbir a este cerco loco es de locos. ¡Somos los supervivientes de la exhaustividad! ¡Los supervivientes de la rivalidad aciaga contra los dioses! ¡Los supervivientes que tejemos un discurso condenado al olvido!. Los supervivientes que llevamos, como una maldición, la dolorosa presencia vívida de un mundo que ha muerto, que morirá, que debe morir. Pero he de terminar este canto telefónico, este canto que tanto me duele... Oh Ubedeo, te has convertido para mí en una adicción.
- Yo ya no puedo prescindir de tu voz y tu discurso, mi Moniquita del alma.
- Santi, ya está aquí Paquito bostezándome en la nuca. Te dejo. Luego Te llamo.

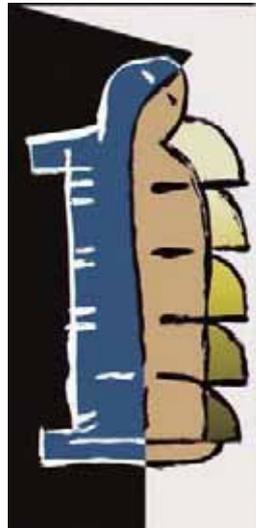
Cuelgo. Voy al salón. Abro la nevera. Me como un yoghurt, me fumo un cigarrillo. Voy a la cocina, me como una manzana. Vuelvo al salón, me fumo un cigarrillo. Vuelvo a la cocina, me como un plátano. Vuelvo al salón, me siento, me fumo un cigarrillo. No haré nada hasta que no me termine el cigarrillo. Apago el cigarrillo. Me levanto. Deambulo por el ala norte, por la cocina, por el servicio. Apesta. ¿Lo limpio? Ahora no. Es de noche, no se secaría. Mañana. ¿Me ducho? No. Mañana. Enciendo otro cigarrillo. Este es el último, el último problema: ¿cuál es el último cigarrillo? Abro la nevera, abro una cerveza. Sólo una. Ayer bebí demasiado. Esta vez sí es el último cigarrillo. Cojo la kilométrica factura del teléfono y le doy la vuelta. Números y más números. Busco un bolí-

grafo entre los papeles que inundan la mesa. Encuentro una pintura roja. Nada que escribir. Pongo en marcha la grabadora: Estoy solo, estoy solo, estoy solo. Nacemos solos. Morimos solos. Encontrar algo eterno que esté aquí, con nosotros. Nada, nada, nada. Vanas ilusiones. Engaños. Saberse y no tenerse. Y hallar un principio y un final... y algo entre medias que lo justifique, que justifique todo esto. Porque por algo ha de ser y por eso sale uno fuera, porque aquí dentro no nos encontramos del todo bien. No nos soportamos a veces. ¿Habrà alguien que se encuentre del todo bien, que se soporte? Estamos absolutamente desamparados y por eso queremos vivir otras vidas, para que nos completen. Y la dialéctica continúa entre lo que está dentro y lo que está fuera pero que a veces también está dentro, porque de lo contrario no podría verificarse lo de dentro, lo de este lado... Apago la grabadora. Miro el reloj. Son las tantas. Me acuesto. Parece que empiezo a tranquilizarme... La cama está demasiado deshecha. Me levanto. Arremeto la sábana por debajo del colchón para que no se me salgan los pies en mitad de la noche. Vuelvo a acostarme. Hace frío. Vuelvo a levantarme. Me pongo a la búsqueda de una colcha que yo juraría que guardé no sé dónde. Abro armarios, cajones, despensa, lavadora, frigorífico... Ni rastro. Levanto cojines, cuadernos, carpetas, papeles sueltos, calzoncillos usados, libros... ¡Eh!... ¡El siglo de las luces! Lo daba por perdido. Mi vida de baja laboral se parece a los personajes de Alejo Carpentier antes de que se les llame para la Revolución. ¿Y mi Revolución? Tarde o temprano tendré que volver al trabajo.

Vuelvo a la cama y decido, por unanimidad del caos que me circunda, enroscarme en mi bata de felpa. Un día de estos tengo que poner un poco de orden. Mañana. Me giro de medio lado. Sobre la mesilla, quiero decir: encima de la montonera de libros a punto de derrumbarse, El Maestro y Margarita, del genial Bulgákov. Margarita transformada en concubina del diablo y luego vuelta a intentar la publicación de la novela sobre Poncio Pilatos de su adorado Maestro. Los tiempos de la Rusia soviética. Me subyuga, Margarita. Patricia amante de un vampiro rumano sobrevolando los montes de Transilvania. Luego aterriza. La mayoría termina por aterrizar. Algunos no lo hacemos nunca. No sé por qué. Tampoco sé por qué imagino a Patricia intentando vender por la televisión mi Guía Práctica por fascículos sobre Cómo hacer la Revolución sin levantarse del sofá. Con esos ojos tan grandes que convencen a cualquiera. Los tiempos de la novela de estructura industrial. Un día de estos tengo que cortarme las uñas. Mañana. Hoy no he hablado con Goska. Debí haberla llamado. Me dijo que sus padres se iban esta semana. Ahora debe estar ofreciéndole a la noche sus danzas de bailarina eslava. O a los vecinos. Con esos dos moños tan rubios a ambos lados de la cabeza. Aquel día en la facultad. Cuando la conocí. Estaba radiante. La abuela mostrándole a su nieta los vestidos que ésta ha de ponerle en la víspera imaginada de su muerte. Cada mes. Cada año. No lo recuerdo. Una historia más pánica que La primera comunión de Arrabal. Debí haber llamado también a Beatriz. Ni siquiera sabe que estoy enfermo. Mejor me esperaré para cuando esté bueno. Seguro que me dirá que vaya a su casa. Por la mañana. Cuando no está el novio. De nuevo el distenderse de sus dedos a lo largo del teclado. Entre las volutas del humo de mis cigarillos desnuda en el desnudo sonido de una pieza de Erik Satie. Y dentro de tres semanas el abandono y el dejarse mecer de Isabel y yo



en la cubierta de un trasatlántico. La autoridad es una emanación y también la belleza. La belleza tiene nombre es Isabel. La elegancia tiene nombre es Isabel. Tumbados en la cubierta el sol balancea el agua nuestros cuerpos. El tiempo que es se detiene y también el que no es: ninguno. Y en el último giro del horizonte antes de caer, una voz. Van Morrison se desgañita: su voz orgásmica grita Brown eyed Girl. Te sueño entonces, Isabel, my heart's a thumping you/My brown eyed girl my brown eyed girl, my brown eyed girl... Brotó el fulgor cuando nos vimos y nos sentamos y hablamos. En la cubierta de nuestro trasatlántico te cubro con embriagadoras fragancias que no protegen del sol. Isabel, eres inmune a las inclemencias de la meteorología y del aburrimiento. Isabel, me vuelves a construir con tu risa nerviosa de labios húmedos y turgentes. Isabel, me rescatas cada lunes del bostezo fundacional que inaugura los templos. Vida, Muerte, ¿Resurrección? El horror innominado. Sin vocales: Vd, Mrt, ¿Rsrccn? La farsa sin atributos. El orla de Maupasant. Peor. Mucho peor. Abrazarte por detrás, pegado a tu espalda. Rozarte apenas los pezones. ¡Atrás! ¡Atrás! Recular contra la pared. O lo mismo. Otro día. Otra noche. Palabras de amor susurradas al oído. Ronroneas. Te hago mía. Me haces tuyo. LindaMarie, amor mío...



¿Es tan difícil contar un cuento?

Andrea Bani y Mariana Gema Sánchez Hernández

Con la colaboración de: José Díez

Ilustraciones: Darío y Justo Barboza

Introducción

Esta obra ha sido escrita para ser representada por personajes extracotidianos. Es un espectáculo de payasos y juglar. Los personajes son:

- Juglar: J
- El Maestro Coccolone (Payaso/a del tipo Cara Blanca): MC
- Tocoló (Payaso del tipo Augusto): TO
- Amapola (Payasa del tipo Augusto): A
- Travesuco (Payaso del tipo Contraugusto): TR

Preámbulo

(Se ilumina el escenario y suena "The Entertainer" de Scott Joplin; salen al escenario el Maestro Coccolone y Amapola bailando al compás en cadena; se incorpora a la fila Travesuco que no da pie con bola; sus compañeros intentan arreglarlo, pero no hay manera. Suena un Gong; se para la música; los payasos se congelan; sale el Juglar a introducir el espectáculo).

J - Niñas y niños, señoras y señores y gentes de todo el universo, a continuación van a presenciar un humilde espectáculo de payasos y juglar (hace una reverencia) que esperamos lo disfruten con ilusión y alegría.

¿Ustedes tienen amigos?... Pues de esto mismo vamos a hablar: De la importancia de la amistad verdadera.

Bienvenidas y bienvenidos a "¿Es tan difícil contar un cuento?".

(El juglar se dirige a la salida; descongela con un gesto a los payasos y sale. Los payasos se descongelen y siguen bailando pero la música no vuelve a sonar; miran al público, se miran entre ellos; el Maestro Coccolone y Amapola salen aturdidos con prisas; Travesuco se queda en el escenario haciendo su baile sin sentido ni compás; el Maestro Coccolone entra, lo agarra de un brazo y lo saca del escenario).

COMIENZA EL ESPECTÁCULO.

Acto primero: El Conflicto

(Suena "La danza de las hadas" de Tchaikowsky; sale Amapola con un almohadón, bailando tímidamente, vestida de princesa; al rato sale el Maestro Coccolone, que se dirige al público)

MC - Había una vez una niña muy guapa y muy feliz; sus padres eran los soberanos de un reino y la querían muchísimo. La habían apuntado a un curso de baile y ella no paraba de bailar...

(Amapola golpea al Maestro Coccolone con el almohadón; éste la mira enojado, pero continúa con la historia)

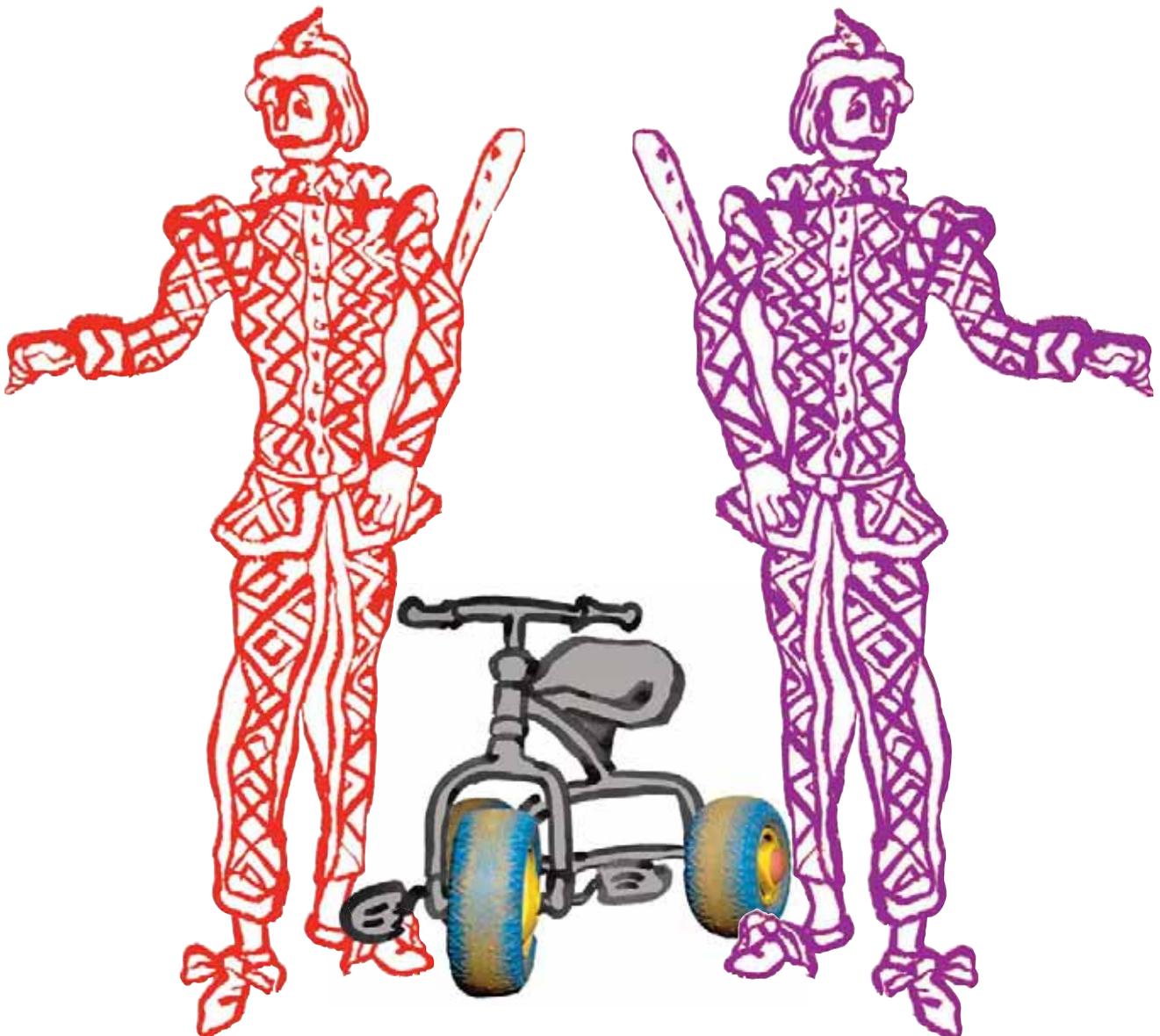
...el día de su primer cumpleaños invitaron a todo el mundo, pero se olvidaron de invitar a una de las hadas del reino, que se enfadó muchísimo y mandó una maldición sobre la niña (coge una aguja): se quedará dormida para siempre cuando se pinche con una aguja como esta...

(Enseña la aguja; Amapola le da un segundo golpe con el almohadón; para la música; Amapola se para y mira al Maestro Coccolone con cara de niña buena; el Maestro Coccolone la mira muy enojado)

... ¡mira que te pincho!

A - ¡No, no, no, no!

MC - (Sigue mirándola enojado a Amapola mientras ella busca la complicidad del público; se dirige al público; vuelve a sonar la música) Bueno, ¿por dónde iba? (Se mira la mano y ve la aguja) Ah, sí, claro, se quedará dormida para siempre cuando se pinche con una aguja como esta



(Muestra de nuevo la aguja); pero sus padres cuidaron mucho de que en ningún sitio del reino hubiera ninguna aguja, para que no se pudiera lastimar...

(Amapola golpea por tercera vez al Maestro Coccolone con el almohadón; se para la música; El Maestro Coccolone se enfrenta a Amapola, que lo mira con miedo)

... ¡Enséñame la mano!

A - (Espantada) ¡No, no, no, no!

MC - (Enojadísimo) ¡Enséñame la mano te digo!

A - (Lloriqueando) ¡Me vas a hacer daño! (Al público) ¡Me va a hacer daño, lo se yo!

MC - (Enfurecido) ¡Vamos!

(Amapola le enseña la mano; el Maestro Coccolone le pincha un dedo con la aguja; Amapola emite un grito comprimido y muestra su cara de dolor al público)

A - (Con determinación) ¡Lo sabía, me has hecho daño! ¿Estás contento? (Enfadada, se prepara la cama y se dispone a dormir)

MC - Ya se ha quedado dormida y nada podrá despertarla...

A - Todavía estoy despierta, eh.

MC - (Respira profundamente, desesperado) ¿Ya se ha quedado dormida? (Amapola ronca) Sí, ya se ha quedado dormida, y nada podrá despertarla, (Sube un poco la voz) a no ser que un príncipe... (No aparece ningún príncipe; el Maestro Coccolone sube un poco más la voz) un príncipe... (No aparece ningún príncipe; grita) ¡Un príncipe!

(Sale Travesuco, muy emocionado, con una capa azul y una escoba entre las piernas)

... ¿El señor príncipe está cómodo?...

(Travesuco sacude la cabeza afirmativamente y todo regocijado, pero no se mueve; el Maestro Coccolone está perdiendo la paciencia)

... pues ¡haz de príncipe!...

(Travesuco indica con el dedo que quiere algo)

... de acuerdo, de acuerdo, como quieras...

(El Maestro Coccolone hace un gesto con la mano y comienza a sonar la ouverture del "Guillermo Tell" de Rossini; Travesuco corre desenfrenado por el escenario con la escoba entre las piernas imitando su caballo)

... a no ser que un príncipe le de un beso (Mira a Travesuco asombrado; vuelve a dirigirse al público). ¡Aquí está nuestro príncipe con su caballo! Va cabalgando por el bosque cuando de repente... (Travesuco no le hace caso; sube otra vez la voz) de repente... (Travesuco sigue sin hacerle caso; grita) ¡De repente!...

(Se para la música; Travesuco se asusta, y mira al Maestro Coccolone, preguntándose qué pasa; el Maestro Coccolone se dirige hacia él, le coge la cabeza y se la gira hacia dónde está acostada Amapola, que también se ha levantado ligeramente, un poco enojada; Travesuco reacciona emocionado; el Maestro Coccolone sigue contando)

... cuando de repente ve a la princesa durmiendo, y se enamora al instante

(Travesuco va hacia Amapola, pero el Maestro Coccolone lo retiene cogiéndolo de la capa; lo ayuda a "apearse" de la escoba)

Baja del caballo...

(Travesuco va hacia Amapola, pero el Maestro Coccolone lo retiene de nuevo; le hace apoyar la escoba a la pared)

... lo ata a un árbol...

(Ahora Travesuco se puede acercar a Amapola)

... se acerca a la muchacha...

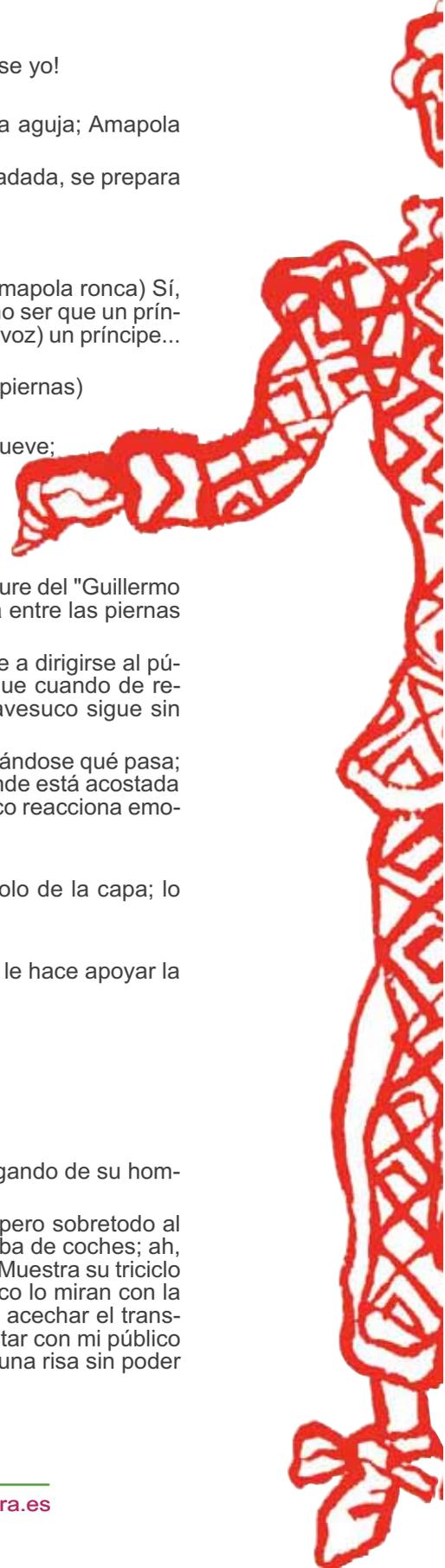
(Travesuco acerca su cabeza a la de Amapola)

... y le da un...

(Entra Tocató haciendo mucho ruido; lleva un triciclo en la mano y un saco colgando de su hombro)

TO - ¡Perdón! ¡Perdón! He llegado tarde (se dirige un poco sus compañeros, pero sobretodo al público); es que había mucho tráfico, no sabéis cómo está la ciudad, hasta arriba de coches; ah, a propósito, me acabo de comprar un triciclo nuevo; es muy bonito, ¿a que sí? (Muestra su triciclo al público; se sienta sobre él y da una vuelta al escenario; Amapola y Travesuco lo miran con la boca abierta; El Maestro Coccolone, desesperado, decide sentarse al fondo y acechar el transcurso de los acontecimientos) Pero hay mucho tráfico y por eso no he podido estar con mi público antes; gracias, gracias, querido público... (mira a sus compañeros y estalla en una risa sin poder contenerse)

A - (Inocente) ¿De qué te ríes?



TO - Es que estáis ridículos así vestidos (Amapola se contrae y se desliza un poco hacia el fondo).

MC - (Hecho una fiera) ¡¿Cómo ridículos?!

TO - (Con un tono chulesco) Sí, venga, ridículos, ya ha pasado de moda el cuento de hadas (al público) ¿a que sí?

MC - (Con determinación) Para que lo sepas, esta tarde vamos a representar cuentos de hadas.

TO - ¡No, que es aburrido, vamos a jugar al fútbol! (Al público) ¿A que es más divertido jugar al fútbol? (Saca la pelota del saco) ¡Venga Amapola! (Amapola, mirando al suelo avergonzada, hace un gesto de negación con la cabeza) ¿Prefieres ser una princesa bobba? (Amapola levanta ligeramente la cabeza y dice que "no") Travesuco, pásale la pelota a Amapola (Travesuco coge la pelota emocionadísimo y se la da a Amapola con las manos) ¡Así no so páñfilo! La tienes que lanzar. ¡Amapola aquí!

(Amapola y Tocató comienzan a lanzarse la pelota el uno al otro mientras Travesuco, emocionado, intenta alcanzarla, pero nunca lo consigue; El Maestro Coccolone, que ha estado observando lo que ocurría, se va hacia el fondo del escenario enfurecido)

MC - (Saca una maza y grita) ¡Ya está!, ahora os vais a enterar... (Corre con la maza hacia los payasos)

(Suena la "Danza húngara nº 5" de Brahms; el Mestro Coccolone persigue con la maza a los demás payasos, que oportunamente esquivan los golpes. Al rato suena un gong; se para la música y todos se congelan; sale el Juglar)

J - (Al público) Si hubieran trabajado en equipo habrían contado la historia. Esto, niños, puede pasar cuando no se trabaja en equipo; he aquí la gran estupidez del género humano: pelear en vez de buscar soluciones. Contar un cuento es como construir un edificio. (Queda pensativo) Esto me trae a la cabeza la historia de la Torre de Babel, la torre que iba a ser la más alta del universo. ¿La conocen?... ¿Quieren que la cuente? Pues al principio no faltaba fuerza de voluntad ni organización para construir la Torre de Babel. Pero, con el pasar del tiempo, cada uno quería que su idea fuese más brillante que la de los demás, cada uno se ocupaba solo de ir más cómodo al trabajo y llegaba cada vez con más retraso; se crearon enemistades, antipatías, hasta que el objetivo de construir la torre más alta del mundo ya quedó en segundo lugar. Las cosas hay que hacerlas bien, con calma, pero con constancia y, sobre todo, ayudándose mutuamente. Solo así se puede conseguir todo lo que se quiere.

(Antes de irse, el juglar descongela con un gesto a los payasos. Vuelve a sonar la música; el Maestro Coccolone, tras fallar otras veces, al final consigue darles a Travesuco, Tocató y Amapola, que se dirigen al centro del escenario llorando)

MC - (Enseñando la maza) ¡Vamos, hay que prepararse!

(Tocató, Amapola y Travesuco salen llorando seguidos por El Maestro Coccolone)

FIN DEL PRIMER ACTO

Acto segundo

(Sale Amapola cabizbaja, levanta levemente la cabeza para mirar al público pero la vuelve a bajar; le da una vuelta al escenario en este estado; se coloca en el centro del escenario, levanta la cabeza y busca con su mirada entre el público)

A - (Con la mano en la cabeza) ¿Hay algún medico en la sala?... Me está saliendo un chichón en la cabeza.... Está feo eso de pegar, está muy feo y (Se pone la mano en la cabeza y emite un llanto) duele... (Cabizbaja) lo de ser princesa no es lo mío... (En voz baja y jugando con los pies) Mi sueño es ser bailarina. (Sube la cabeza y se dirige al público) Es verdad, soy bailarina casi profesional. ¿A ustedes les gusta bailar?... A mí me gusta muchísimo (Emocionada) ¡Miren, miren lo que soy capaz de hacer! (Se coloca en primera posición) Primera, segunda, tercera, cuarta, quinta y sexta. ¡Y miren como giro!... y giro, y giro (Desmelenada) Ah, me estoy mareando pero que contenta estoy cómo me gusta bailar, bailar, bailar, bailar...

(Amapola está bailando como loca; salen Travesuco y Tocató; miran a Amapola; Travesuco queda fascinado y comienza a imitar el baile de Amapola; la coreografía es esperpéntica; Tocató se ríe de de lo que hacen sus compañeros)

TO - (Al público) A mí el golpe me ha dejado un chichón en la cabeza pero a estos dos los ha dejado majaras.

(Sale el Maestro Coccolone gritando)

MC- ¡Vamos, vamos!...

(Amapola se paraliza, deja de bailar y detiene a Travesuco)



...Hay que hacer Blancanieves y los siete enanitos.

(Travesuco está encantado, le ha gustado mucho ser príncipe, y quiere volver a serlo)

TO - No, Blancanieves es aburrida. ¿Por qué no hacemos otro cuento?

A - ¡Sí, sí! Yo me sé uno: el de "Caperucita Roja y los cuarenta ladrones".

(Travesuco, a partir de ahora, va a aplaudir a cada propuesta)

MC - No, no es así...

TO - (No le deja terminar) ¿Por qué no contamos otro? El de "Pulgarcito y la berenjena gigante".

MC - A ver, chicos...

A - (No le deja terminar) Y ¿por qué no el de la "mousse de chocolate y la guitarra rota"?

TO - Y ¿por qué no el del "científico loco y la muñeca a la que le faltaba una pierna"?

A - O el del "mosquito enfadado y la vaca tonta".

TO - O el del "alienígena enamorado"...

MC - (Ha estado todo el rato escuchando con cara de enojado, toca el pito que lleva colgado al cuello) ¡Basta ya!

(Los demás se quedan asustados)

He dicho que vamos a hacer Blancanieves y los siete enanitos; (A Tocató) tú, de madrastra

(Tocató sale lentamente y con desgana)

... (A Amapola) tú, de Blancanieves

(Amapola también sale lentamente y con desgana)

(A Travesuco) y tú...

(Travesuco mima la acción de ir a caballo, quiere ser príncipe)

... de enanito

(Travesuco se hunde, y también sale lentamente y con desgana)

¡Vamos, el público está esperando!

(Se va, y desde fuera se escucha)

¡Venga, Amapola, date prisa, ahora sales tú!

(Suena "La danza de las flautas" de Tchaikowsky; sale Amapola, vestida de Blancanieves; una cesta cuelga de su brazo; mientras, el Maestro Coccolone también sale, pero deja el escenario a Amapola)

A - (Exageradamente dramática) ¡Me he perdido en el bosque! Mi madrastra me ha pedido que fuera a recoger fresas, pero ya no sé dónde estoy. Hace mucho frío (Se pone a temblar exageradamente); tengo mucho miedo (Otra vez se pone a temblar exageradamente; de repente mira hacia el lado opuesto al que ha usado para salir). ¿Qué veo ahí? ¡Es una casita en medio del bosque! ¡Estoy a salvo! (Pega un saltito y sale corriendo)

(La música se detiene, y enseguida suena la de los enanitos; sale Travesuco, vestido de enanito, andando sobre sus rodillas y llevando una almohada al hombro; tiene sueño, pone la almohada en el suelo, y bosteza; está a punto de dormirse)

MC - ¡Corten!...

(La música se para, Travesuco está asustado; el Maestro Coccolone va hacia el fondo y coge un pico; se acerca a Travesuco; se agacha para hablarle)

...¡No, no, no! Ahora no puedes dormir, tienes que ir a trabajar con los demás, ¿no te acuerdas? (Le pone el pico en la mano)

(Travesuco está contento, va a trabajar con el pico; vuelve a sonar la música de los enanitos; el Maestro Coccolone vuelve a su sitio; Travesuco sale de escena. Cesa la música. Aparece Amapola en escena como si entrara en la casa de los enanitos)

A - ¡Que casita más mona! Menos mal, porque ahí fuera está empezando a atardecer, y el bosque de noche es muy peligroso. (Bosteza) Tengo mucho sueño, creo que me voy a acostar aquí mismo. Buenas noches

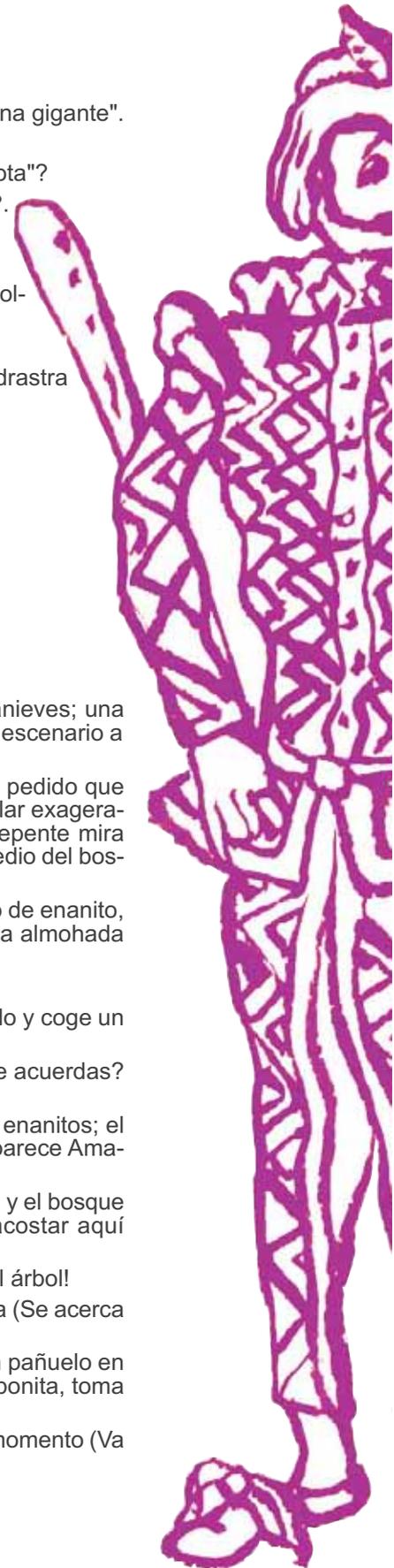
TO (Desde fuera) - ¡Manzanas, manzanas! ¡Manzanas muy ricas, recién cogidas del árbol!

A - ¡Mmm! Una manzanita antes de acostarme no vendría mal, hoy no he comido nada (Se acerca a la salida). Acérquese, viejita simpática, ¿no tendría una manzanita para mí?

TO - (Entrando; va disfrazado de vieja; lleva una peluca, que le hace muy ridículo, un pañuelo en la cabeza y una cesta de manzanas) - ¡Claro que tengo una manzanita para ti, niña bonita, toma ésta, que es la más hermosa!

A - ¡Ay! Muchas gracias, viejita simpática, espere (Busca en los bolsillos), espere un momento (Va hacia el Maestro Coccolone) ¿Me prestas un euro?

MC - ¿Para qué lo quieres?



A - Para comprar la manzana

MC - (Al público) ¡Un euro una manzana, que barbaridad! El precio ha subido muchísimo... (Reflexiona) ¡¿Eh?!... ¡Pero qué pedazo de zopenca!... (Se muerde la lengua) Eres la princesa del cuento, Amapola, no necesitas dinero (Enfurecido) ¡Ve ahora mismo a por esa manzana!

(Amapola corre asustada hacia Tocató)

A - ¿Me da usted una manzana, viejita simpática?

TO - Claro que sí, niña bonita

A - Quiero decir que me la tiene que dar, (Mira ofendida al Maestro Coccolone) no tengo dinero con que pagarle.

TO - No te preocupes por esto. Te la regalo, pero me tienes que prometer que te la vas a comer enseguida.

A - ¡Sí, sí! ¡Tengo un hambre...! Muchas gracias, viejita simpática.

TO - Adiós, bonita. (A parte) Mejor que me vaya, porque si vuelve a llamarme "viejita simpática"... (Se va)

(Vuelve a sonar la música de los enanitos; sale Travesuco con el pico; está muy contento; mientras, Amapola trata de esconderse, pero no hay manera; en cuanto ve a Amapola, o sea, a Blancanieves, para la música, y el enanito hace un gesto de sorpresa)

A - Perdona, no quería molestar. Es que fuera hacía mucho frío y...

(Travesuco da muestra de que no hay ningún problema, más bien está encantado de la presencia de Amapola)

...¿Vives solo aquí, en medio del bosque?

(Travesuco dice que 'no' con la cabeza, y enseña las dos manos haciendo el número '7')

...¡Ah! Que vivís siete aquí

(Travesuco afirma entusiasta)

...y ¿los otros seis?

(Travesuco mima el trabajo en la mina)

... Ah, que están trabajando. Yo no tengo que trabajar, soy princesa. (Al público) Las princesas no necesitan dinero.

(Travesuco mira hipnotizado la manzana que Amapola sostiene en su mano)

...¿Tienes hambre?

(Travesuco dice otra vez que 'sí' con la cabeza)

... Aquí tengo una manzana, (ofreciendo la manzana) la podríamos compartir

(Travesuco coge la manzana entusiasmado, pero interviene el Maestro Coccolone)

MC - ¡Vamos a ver, chicos, esto no sale en el cuento!

A - (Al Maestro Coccolone) ¡Pero tiene mucha hambre!

MC - ¡Ni una palabra más! (Arrancando la manzana de la mano de Travesuco) El enanito no se puede comer la manzana. Te la tienes que comer tú (Pone la manzana en la mano de Amapola y vuelve a su sitio)

(Amapola le saca la lengua; el Maestro Coccolone se percata, y se da la vuelta)

... ¡Te he visto! (Vuelve a su sitio)

A - Bueno, lo siento, enanito simpático, esta manzana me la tengo que comer yo...

(Amapola de un bocado a la manzana; Travesuco la mira y babea; Amapola bosteza)

.... Tengo mucho sueño. ¿Te molesta si me echo un rato?

(Travesuco, hipnotizado por la manzana, dice que 'no' con la cabeza; en cuanto toca la almohada, Amapola empieza a roncar; la manzana se le escapa de las manos y rueda por el escenario; Travesuco la persigue como un perro a su hueso y se la come. Suena de nuevo "La danza de las flautas" de Tchaikowsky; sale Tocató con su peluca ridícula y con un espejo; él también baila dulcemente, pero con poca gracia; Travesuco lo mira con asombro, pero le interesa más la manzana; José se acerca a Amapola)

TO - ¡Has caído petarda insoportable! Yo soy la más hermosa del mundo, y ahora te lo demostraré: preguntaré al espejo mágico. ¿Espejo mágico? ... ¿Espejo mágico? ... ¡Anda! (Al público) no me contestar. A lo mejor, si lo llamamos juntos... (Con todo el público) ¡¿Espejo mágico?!)

A - ¡Jo! ¡No gritéis tanto! Estaba teniendo un sueño muy bonito.

TO - ¿Ya estás despierta?

A - Sí.

TO - ¡Pero si te tenías que quedar dormida!

A - Pues me he despertado porque la manzana no funciona.

TO - ¿Cómo? ¿Qué no funciona? Déjame ver.

A - No se dónde está.

(Travesuco se acerca a Tocotó y le da lo único que queda de la manzana)

TO - (A Travesuco) ¿Te la has comido?...

(Travesuco dice que 'sí' con la cabeza)

... ¿Y no tienes sueño?

(Travesuco dice que 'no' con la cabeza)

... Es curioso, juraría que le había puesto un somnífero potentísimo...

(El Maestro Coccolone los está mirando enojado; en cuanto se dan cuenta, vuelven a su sitio, Amapola durmiendo, Tocotó con su espejo, y Travesuco llorando sobre Amapola)

... Espejito, espejito mágico, ¿quién es la más guapa del universo? (Silencio) ¿Verdad que soy yo? (Silencio) ¡Ya está, quien calla otorga!

A - ¡Eh! ¡Así no vale! (Se incorpora) Yo soy la más guapa.

TO - Tienes la nariz demasiado grande.

A - Y tú llevas una peluca espantosa.

TO - Yo soy mejor actor que tú.

A - ¡A mí qué me importa! Yo soy bailarina.

TO - Y yo soy músico. (A Travesuco) Y tú ponte de pie, que no se te puede ni ver. (Lo coloca de pie)

MC - Pero ¿qué hacéis, chicos? ¡Aquí el director soy yo!

TO - ¡Menudo director! Yo soy músico, no quiero hacer de madrastra (Se quita la peluca)

A - Y yo soy bailarina, no quiero hacer de Blancanieves.

(Travesuco llama la atención; quiere decir que es cantante; se pone a cantar, pero no le sale la voz)

MC Y TO - (Se echan a reír) Ja, ja, ja, ja.

A - ¡No os riáis de Travesuco! ¡Sois unos feísimos!

(Suena un gong; los personajes se congelan; sale el Juglar)

J - Cuentan que Júpiter, antiguo dios de los romanos, convocó un día a todos los animales de la tierra. Cuando se presentaron les preguntó, uno por uno, si creían tener algún defecto. De ser así, él prometía mejorarlos hasta dejarlos satisfechos. ¿Qué dices tú, la mona? (Toca a Amapola)

A - (Se descongela; anda como una mona) ¿Me habla a mí? ¿Yo, defectos? Me miré en el espejo y me vi espléndida. En cambio el oso ¿se fijó? ¡No tiene cuello!

J - (Congela a Amapola tocándola) Que hable el oso (Toca a Tocotó)

TO - (Se descongela; levanta los hombros de forma tal que no se le ve el cuello) Aquí estoy. Con este cuerpo perfecto que me dio la naturaleza. ¡Suerte no ser una mole como el elefante!

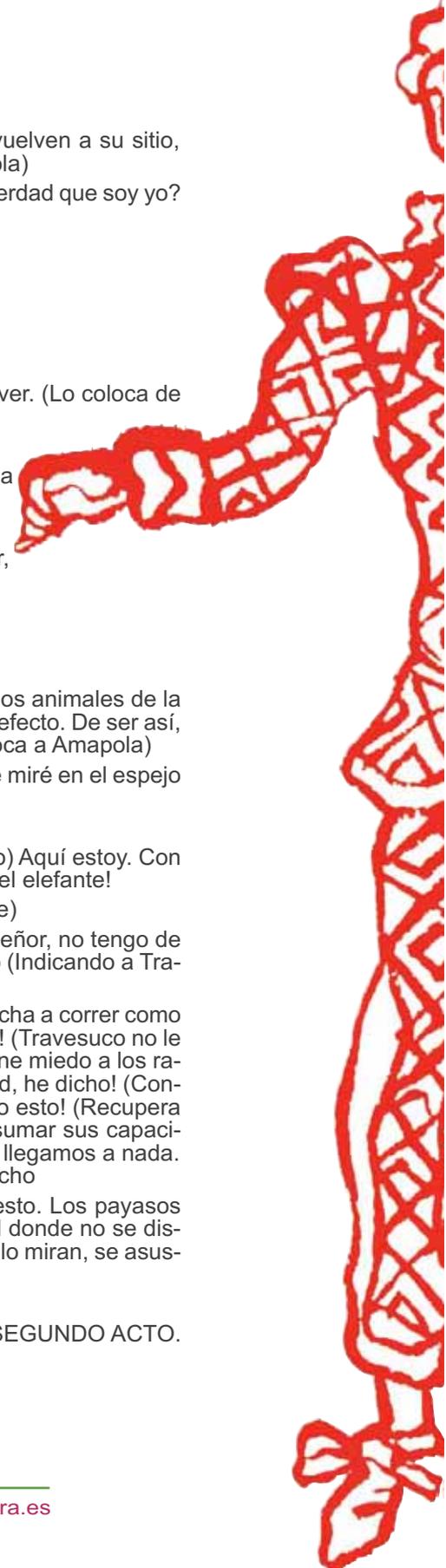
J - (Congela a Tocotó) Que se presente el elefante (Toca al Maestro Coccolone)

MC - (Se descongela; alarga los brazos y anda pesadamente) Francamente, señor, no tengo de qué quejarme, aunque no todos puedan decir lo mismo. Ahí lo tiene al ratoncito (Indicando a Travesuco)

J - ¿El ratoncito? A ver qué tiene que decir el ratoncito (Toca a Travesuco, que echa a correr como un loco; el Maestro Coccolone sigue andando pesadamente) ¡Anda! ¡Eh! ¡Para! (Travesuco no le hace caso, sigue corriendo) ¡Para! (Travesuco se para ante el elefante, que tiene miedo a los ratoncitos, y también se echa a correr en dirección contraria; caos general) ¡Parad, he dicho! (Consigue congelar al Maestro Coccolone y a Travesuco) ¡Uf, qué difícil resulta todo esto! (Recupera su tono normal; al público) Cuando se juega con los amigos, cada uno debe sumar sus capacidades con las de todos los demás, porque si solo se mira hacia uno mismo no llegamos a nada. Ahora me retiro, a ver si aprenden... Seguro que sí, en el fondo se quieren mucho

(Antes de dejar el escenario, el Juglar descongela a los personajes con un gesto. Los payasos retoman la discusión; las acusaciones mutuas se suman en un barullo general donde no se distinguen las voces de cada uno; el Maestro Coccolone coge la maza: los demás lo miran, se asustan y salen rápidamente del escenario)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.



Acto tercero: La Reconciliación.

(Sale Tocató; consigo lleva un tambor; se coloca en el centro del escenario; comienza a tocar; apenas ha tocado un poco, se detiene y mira al público)

TO - Este es mi sueño... ¡ser Tamborero!... Quiero decir: Percusionero... bueno o Guitarrero, Pianero, Trompetero, me da igual. (Muy emocionado) ¡Yo quiero ser músico! ¡Ah, que bonita es la música! (Al público) ¿A vosotros os gusta la música?... A mí me gusta muchísimo, ¿sabéis? Me acuerdo que de pequeño...

MC - (Desde fuera del escenario) ¡Amapola, Tocató, Travesuco! ¡Amapola! ¿Dónde estáis? ¡Es tardísimo, el público está esperando!

TO - ¡Uf! Me tengo que ir. Si el Maestro Coccolone me coge aquí, hablando con vosotros en privado, ¡me vuelve a dar con la maza! (Deja el tambor en un rincón y sale apresurado)

(Sale Amapola, apresurada y muy nerviosa; da varias vueltas como buscando algo; se dirige a una caja y coge una capa roja)

A - (Al público) ¡Menos mal que la he encontrado! (Muestra la capa) Si no, el Maestro Coccolone me da con la maza... (Se marcha apresurada, pero justo antes de irse se dirige al público) Me he aprendido un baile nuevo, ¿queréis verlo?... (Muy emocionada, comienza a bailar ballet clásico como puede; va de una punta a otra punta del escenario; se para en seco y justo antes de salir se dirige al público) No se lo digáis al Maestro Coccolone... ¡La maza me da muchísimo miedo! (Se va)

(Sale Travesuco, despistado; le gusta mucho salir al escenario; saluda al público muy ilusionado; mira toda la habitación y, al caer su mirada sobre una caja que hay al fondo, de repente se acuerda de lo que tiene que hacer; va hacia la caja; tiene que coger de allí una oreja y un rabo de lobo, pero arrastra la caja hasta el centro del escenario, la abre, la cierra, saca cosas y comparte con el público la sorpresa que le producen los objetos que hay en la caja)

MC - (Desde fuera) ¡Amapola, Travesuco, Tocató, Amapola...!

(Travesuco coge lo que buscaba y se va apresuradamente del escenario. Sale el Maestro Coccolone con la maza y gritando; se da cuenta de que el público lo mira y esconde la maza)

Jeje... buenas tardes de nuevo. Estoy buscando a mis compañeros. ¿Alguien los ha visto? ¿Por dónde se han ido?... Voy a ver si los encuentro. No os marchéis, esta vez os vamos a contar un cuento que os va a gustar mucho (Se va apresurado; desde fuera se escucha) ¡Vamos Amapola, te toca a ti!

(Suena la "Danza Árabe" de Tchaikowsky; sale Amapola vestida de Caperucita Roja; va caminando por el bosque al compás de la música; de vez en cuando se le escapa uno de sus pasos de ballet clásico. Sale el Maestro Coccolone y comienza a narrar la historia)

MC - Había una vez una niña muy dulce y muy buena que iba a visitar a su abuelita enferma para llevarle la cena. Se llamaba Caperucita Roja porque siempre iba vestida con una capucha roja con capucha. Su abuelita vivía en el bosque, en una casita de madera muy lejos del metro. Pero a Caperucita Roja no le importaba nada caminar porque quería mucho a su abuelita. Comenzó a hacerse de noche. Caperucita seguía su camino por el bosque, y empezaba a tener un poco de miedo a la oscuridad. Estaba muy cerca de la casa de su abuelita cuando de repente (Sube el tono de voz) un lobo... (No aparece ningún lobo) ¡No, otra vez! (Sube un poco más el tono de voz) Un lobo... (No aparece ningún lobo; grita) ¡Un lobo!

(Sale Travesuco con orejas y rabo de lobo)

... cuando de repente un lobo la vio de lejos y comenzó a seguirla

(Travesuco da unos pasos hacia Amapola; ésta le hace una mueca; asustado, se esconde detrás del Maestro Coccolone; el Maestro Coccolone grita)

¡No, no, el lobo no tiene miedo de Caperucita Roja, es todo lo contrario! (Empuja a Travesuco hacia la dirección en la que está Amapola y Travesuco comienza a seguirla, pero con miedo) El lobo quería comerse a Caperucita. ¡Mirad a este lobo feroz! ¿No os da miedo?

(Amapola hace otra mueca a Travesuco, que de nuevo tiene miedo, y se esconde detrás del Maestro Coccolone; el Maestro Coccolone intenta salvar la situación)

¡Y también es astuto! Ahora se ha escondido para que cuando Caperucita pase por ahí la agarre con sus patas y se la coma de un solo bocado; pero pronto llegará un leñador que le abrirá la barriga y sacará a la niña...

TO - (Sale vestido de leñador; lleva un hacha en la mano) ¡Eh, eh, eh! ¡Corten, corten! (Se para la música. Se quedan todos confundidos. Al público) ¿No les parece que este cuento es muy violento?...

A - (Al público) A éste lo que le pasa es que no le gusta su papel

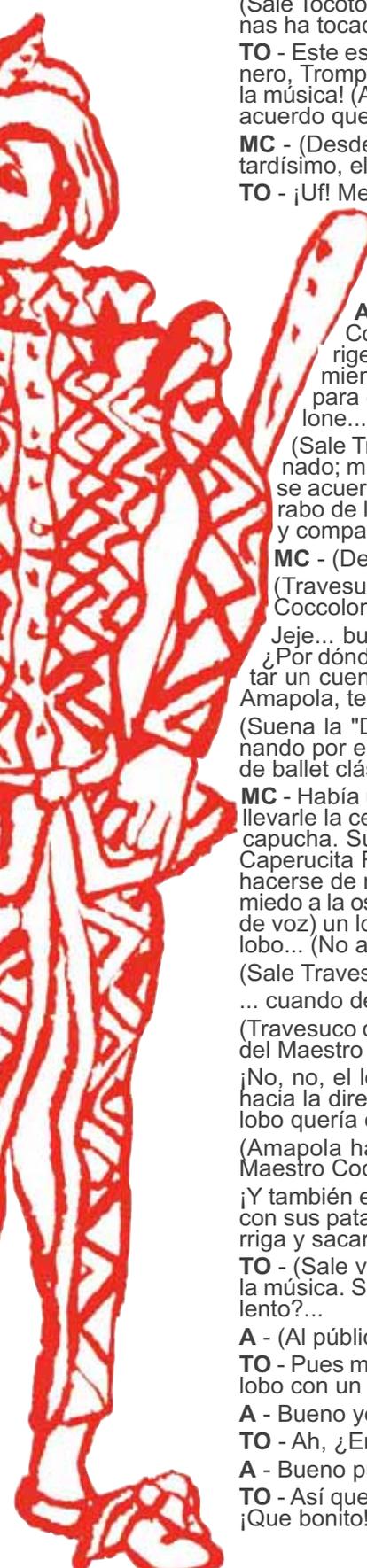
TO - Pues mira, ahora que lo dices, la verdad es que no me apetece nada descuartizar a un pobre lobo con un hacha. (A Amapola) ¿Te parece bonito?

A - Bueno yo... No sé... ¡Pero es para salvar a Caperucita!

TO - Ah, ¿Entonces a ti te parece bonito que un lobo se meriende a una niña?

A - Bueno pues... Si después la salvan...

TO - Así que hay que sacrificar a un pobre lobo para que la señorita Amapola se quede contenta. ¡Que bonito! ¡¿Que pensarán los defensores de los animales?!



A - (Casi a punto de llorar) Bueno yo...

MC - ¡Ya está bien de payasadas! (A Tocató) El cuento es así. (Señalando la salida del escenario) Vete ahora mismo y no vuelvas a salir hasta que te toque actuar.

TO - (Desafiante) Yo me niego a matar a un pobre lobo. ¡Asesinos!

(Travesuco se ha tumbado en el suelo de rodillas suplicando para que no lo maten)

A - (Sollozando y acariciando la cabeza de Travesuco) ¡Ah, pobre lobito!

MC - ¡Ya está bien! (Abatido) ¿Es imposible que por fin hagamos algo juntos? Los cuentos de hadas están pasados de moda, los de princesas no os gustan y éste no vale porque hay que sacrificar a (Señala a Travesuco)... a... a ese pedazo de carne con orejas y rabo.

A - ¡Un poco de respeto! ¡Travesuco no ha elegido ser lobo!

(Travesuco aulla)

TO - Quizá si cambiamos de cuento...

MC - ¿Cambiar de cuento otra vez?... ¿Qué cuento queréis?... (Pausa) ¡Venga listillos a ver qué se os ocurre!

(Tocató y Amapola se miran, miran al público, se vuelven a mirar y se preparan para hacer propuestas)

A - El de la "abuelita motorista".

TO - ¡No, ese no! El del "motorista que quería ir en bicicleta".

A - ¡No ese no! El de "la bicicleta que pintaba cuadros".

TO - ¡No ese no! El del "cuadro que crecía con los tomates".

A - ¡No ese no! El de los "tomates carnívoros".

TO - ¡No ese no! El de los "carnívoros que comían caca".

(Travesuco, que ha estado aplaudiendo a todas las propuestas, al escuchar la palabra "caca" se queda parado pensando)

MC - ¡El público está esperando! ¿Qué cuento?

(Travesuco comienza a hacer señales, sabe un cuento)

A Y TO - (Que se han quedado sin argumentos) ¡Ese cuento!

MC - (Con malicia) ¡Vaya! Travesuco sabe un cuento... ¿Y cómo se llama? ¡Dí!

(Travesuco hace gestos que indican mal olor)

TO - ¡Ya lo tengo! El cuento se llama "Huele mal".

(Travesuco dice que "no" con la cabeza y hace un gesto de ganas de ir al baño)

A - "Tengo ganas de hacer caca".

TO - (A Amapola) ¡Pues ve al baño!

A - ¿Para qué?

MC - ¡Sois imposibles! (Al público) No tienen seso. (A Tocató) ¿Travesuco, "Tengo ganas de ir al baño" es el título de tu cuento?

(Travesuco dice que "no" con la cabeza y hace un gesto que se refiere a la caca y otro al olor)

TO - "La caca huele mal".

A - ¡Uy sí! ¡La mía huele fatal!

MC - (A Amapola) ¡El olor de tu caca nos da igual! ¿Travesuco, "La caca huele mal" es el título de tu cuento?

(Travesuco dice que "no" con la cabeza y sigue insistiendo con el mal olor que hay en un sitio)

A - Un sitio que huele mal.

(Travesuco asiente con la cabeza y gesticula diciendo que él está en un sitio que huele mal y que el sitio está bajo tierra)

TO - "Vivo debajo de la tierra en un sitio que huele mal"

MC - Una alcantarilla.

(Travesuco aplaude y se señala. Hace el gesto de echarse perfume)

A - "Vivo en una alcantarilla y me perfumo por las mañanas".

(Travesuco dice que "no" con la cabeza)

MC - ¿El personaje de tu cuento vive en la alcantarilla?

(Travesuco dice que "no" con la cabeza y hace el gesto de ir a trabajar)

MC - ¡Ah! Trabaja en una alcantarilla.

A - Es un alcantarillero.

(Travesuco está muy contento; Amapola ha adivinado)

TO - Que se pone perfume.

(Travesuco emocionado les indica que el título casi está)

MC - ¡Ya lo tengo! "Perfume de alcantarillero".

(Travesuco no cabe en sí de la felicidad; ése es el título)

A y TO - ¡Vaya cuento más chulo!



MC - ¡Vamos a contarlo!

(Todos están muy emocionados. Suena un gong; sale el juglar; los payasos se congelen)

J - ¡Mirad todos! Por fin parece que van a trabajar juntos.

(Antes de irse, hace un gesto y los payasos se descongelan. Continúan con lo que estaban haciendo)

A Y TO - ¡Sí, vamos a contar el cuento del alcantarillero!

(Travesuco comienza a interpretar el cuento. Hace de un alcantarillero que va a trabajar)

MC - Había un vez un alcantarillero...

A - Que trabajaba rodeado de caca...

TO - Se pasaba todo el día respirando caca...

MC - (Encauzando la historia) ... que, dada su profesión, pasaba gran parte de su tiempo entre olores de excrementos y putrefacción...

(El Maestro Coccolone mira a Travesuco, y le indica que siga; Travesuco interpreta que el alcantarillero termina de trabajar y va por la calle)

... Un día, al salir del trabajo, el alcantarillero iba paseando por la calle cuando notó un olor muy extraño...

TO - (Corta al Maestro Coccolone) ... Alguien se ha tirado un pedo.

A - ¡Sí, sí, se huele!

(El Maestro Coccolone dedica una mirada desafiante a Tocató y Amapola)

TO - Perdón, yo, bueno...

A - ... Pero sigue, sigue.

MC - Si me vais a interrumpir todo el rato no sigo (se cruza de brazos)

TO - Ya no lo hacemos más, de verdad.

A - (Tapándose la boca y tapándole la boca a Tocató) Mira ya no te interrumpimos

(Travesuco vuelve a interpretar loco de emoción, no le importa nada repetir porque le encanta contar cuentos a su manera)

MC - Decía que el alcantarillero iba paseando cuando notó un olor muy extraño, diferente, que jamás había oído. Al principio se asustó un poco, pero el olor le gustó. Decidió perseguir sin miedo ese nuevo olor que había llegado a su nariz. La persecución terminó en una perfumería que acababan de abrir en su barrio. Asombrado ante la cantidad de fragancias desconocidas aspiró profundamente para captarlas mejor, pero en ese momento su cuerpo se puso rígido y cayó al suelo desplomado

(Travesuco cae desplomado al suelo)

A - (Asustada) ¡Travesuco, Travesuco!

TO - ¡Hay que llamar a una ambulancia! (Al público) ¿Alguien me presta su móvil?

(Travesuco levanta la cabeza y los mira desconcertado)

MC - ¡Sois difíciles y muy cortitos! ¡Travesuco está bien! Es el alcantarillero el que pierde el conocimiento.

A - Ah... pobre alcantarillero... (Suspira) Se muere.

(Travesuco dice que "no" con la cabeza, y señala una caja que hay al fondo del escenario; es una caja que él dejó ahí cuando comenzó a contar el cuento)

MC - ¿Quieres esa caja?

(Travesuco indica que "sí", que se la traigan)

MC - A ver, que uno de vosotros dos vaya a por la caja.

A - Voy yo...

TO - No, no, voy yo que soy más fuerte.

A - Pero si la caja es pequeña...

TO - (Presumido)... Nunca se sabe

A - ¡Eres un "machisto"!

MC - ¡Ya está bien! ¡Id los dos!

(Amapola y Tocató van a por la caja)

A - ¡Uf, que peste!

TO - ¿Ves? Las chicas no aguantáis nada (Se acerca a la caja y el olor lo tira para atrás, se coloca detrás de Amapola)... pero por esta vez voy a hacer una excepción...

(Amapola abre la caja, da un salto y se tapa la nariz)

A - ¡Ah, que asco!

MC - ¿Que hay en la caja?

A - ¡Una caca!

MC - (A Travesuco) ¿Y ahora que?

(Travesuco indica que le acerquen la caja a la nariz)



TO - ¡Qué cochino!

(Travesuco huele la caja y se incorpora)

MC - ¡Ah, ya entiendo!

TO - Pues ¡yo no entiendo nada!

A - ¡Anda, ni yo!

MC - Es que el alcantarillero se desmaya porque no está acostumbrado al olor del perfume. Para él, el olor a excrementos es lo más familiar. Por lo tanto el olor de la caca le devuelve el conocimiento

(Muy emocionado, Travesuco asiente)

A - Entonces no está muerto. ¡Que bien! (Abraza a Travesuco dejando caer la caja y los excrementos se desparraman)

TO - ¡Pues, vaya cuento! Empieza con caca y termina con más caca.

(Travesuco hace señales, el cuento no ha terminado)

MC - ¡El cuento sigue! ¿Que más?

(Travesuco hace el gesto de echarse perfume y olerlo con alegría)

TO - ¡Mira! ¡Se está perfumando!

A - ¡Qué bien huele!

(Travesuco sonríe feliz, y comienza a perfumar a todo el mundo, incluso baja a la platea y perfuma al público)

MC - (Al público) ¿Queréis saber cómo termina la historia?... El alcantarillero queda tan maravillado con el olor del perfume que decide abandonar las alcantarillas para recorrer el mundo perfumando a la gente.

(Travesuco sigue en la platea perfumando al público)

A - (Suspira) ¡Qué bonito!

TO - (Pensativo) Anda, cambia la caca por el perfume... ¡No está mal!

MC - Es un buen final para este cuento. (Al público) No es un cuento de princesas, ni de niñas y lobos, pero es un cuento precioso.

A y **TO** - (Se abrazan) ¡Sí!

(Suena un gong; los payasos se congelan; sale el Juglar)

J - Al final, nuestros amigos han contado el cuento. Como habéis visto, es mucho más divertido trabajar juntos que pelear todo el rato. Vamos a ver cómo termina la historia.

(Sale y descongela a los payasos)

A - ¡Travesuco, ven aquí!

(Travesuco vuelve al escenario)

A - (Le da un beso a Travesuco) ¡Qué cuento más bonito!

TO - (Bosteza) ¡Qué cansado estoy!

(Bostezan todos a la vez)

MC - Es muy tarde, vamos a dormir.

(Suena una melodía de caja de música, los payasos cogen almohadas y sábanas que tienen guardadas en las cajas, hacen la cama y se acuestan a dormir en un lateral)

FIN DEL TERCER ACTO

Acto cuarto: el amor.

(Los payasos están durmiendo en un lateral del escenario. Cada uno ronca a su manera. Suena la "Polka" de Shoostakovich; el Maestro Coccolone se incorpora sonámbulo)

MC - (Cantando) Qué bonito es, qué bonito es ser un gran director, cuántos cuentos voy, cuántos cuentos voy, cuántos cuentos voy a contar...

(Tocotó se incorpora sonámbulo)

TO - (Cantando)... Qué bonito es, qué bonito es la música tocar...

(Amapola se incorpora sonámbulo)

A - (Cantando) ... Qué bonito es, qué bonito es la música bailar...

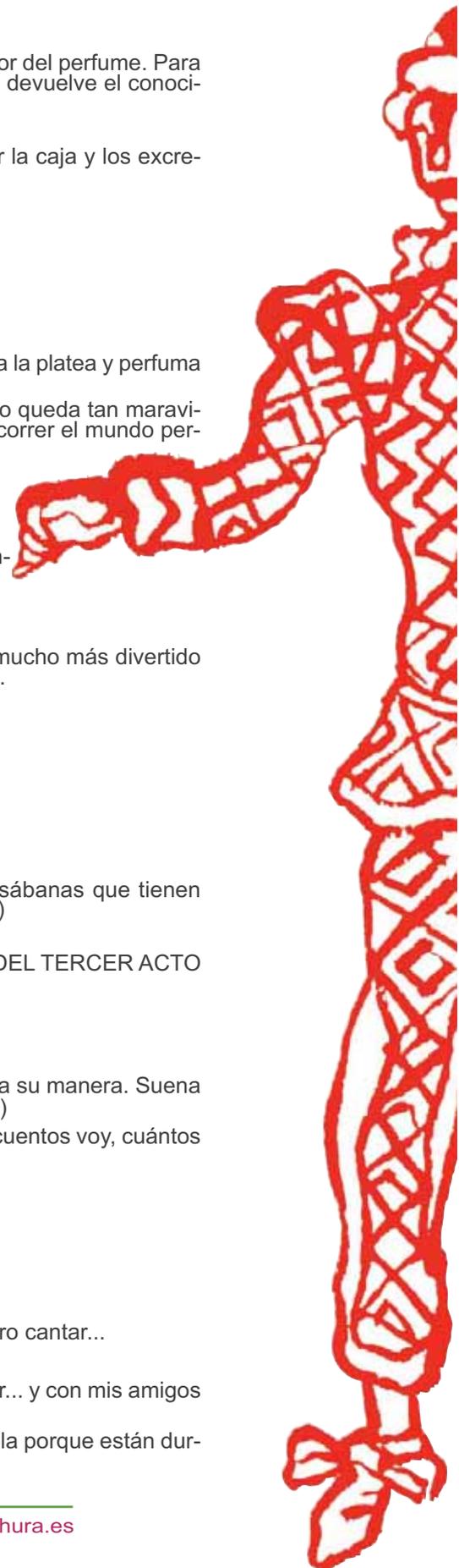
(Travesuco se incorpora sonámbulo)

TR - (Cantando como un tenor)... yo quiero cantar, yo quiero cantar, yo quiero cantar...

(Los payasos bailan sonámbulos ocupando todo el escenario)

TODOS A LA VEZ - (Cantando) Que bonito así, que bonito así, así sería jugar... y con mis amigos me divierto más.

(En fila los sonámbulos van volviendo a la cama. Sale el Juglar, no los congela porque están dur-



miendo)

J - (En voz baja) ¡Ssst! Duermen (vuelve al tono de voz normal) Están cansados, no creo que se despierten aún. Los payasos acaban de tener un sueño dónde cada uno realizaba su sueño y formaban un bonito conjunto. ¿Vieron? ¡Y sin discutir! Parece que están a punto de lograr su sueño. ¿Y saben por qué? Porque al final el amor y la amistad verdadera están triunfando. ¡Ya han conseguido contar un cuento! A propósito de cuentos, voy a contarles uno que trata justamente del amor y la amistad verdadera

Dos amigos viajaban por el desierto, y en un determinado punto del viaje discutieron, por cualquier motivo, ya sabemos que viajar por el desierto es muy difícil. Uno abofeteó al otro. El amigo abofeteado, ofendido, sin nada que decir, escribió en la arena: "Hoy mi mejor amigo me ha pegado una bofetada en el rostro". Siguieron adelante y, tras unos cuantos kilómetros envueltos por un silencio rencoroso, llegaron a un oasis dónde resolvieron bañarse. El que había sido abofeteado comenzó a ahogarse, siendo salvado por el otro, justo el que antes le había pegado. Al recuperarse tomó un cuchillo y escribió en una piedra: "Hoy mi mejor amigo me ha salvado la vida". Entonces, su amigo, intrigado, le preguntó: "¿Por qué después de que te pegara escribiste en la arena y ahora escribes en una piedra?". Sonriendo, su compañero le contestó: "Cuando un gran amigo nos ofende, debemos escribir en la arena, donde el viento del olvido y el perdón se encarga de borrarlo; por otro lado, cuando nos pasa algo grandioso, debemos grabarlo en la piedra de la memoria del corazón, donde viento ninguno en todo el mundo puede borrarlo"

(Tocotó comienza a despertarse, mueve un brazo como desperezándose)

(En voz baja) Parece que nuestros amigos ya comienzan a despertarse. Vamos a ver que pasa. (Se va apresurado)

(Tocotó se incorpora medio atontado)

TO - (Al público) Me ha parecido ver a alguien merodeando por aquí (Mira a sus compañeros) Pero si están todos durmiendo. (Comienza a dar vueltas por el escenario, coge algún objeto, intenta jugar con él, pero se aburre, recuerda algo) ¡Ya lo tengo! (Se va al fondo del escenario y coge el tambor; al público, muy emocionado) ¡Música va! (Comienza a tocar)

A - (Se despierta al son de la música; se incorpora y se despereza; mira al público, mira a Tocotó y empieza a bailar) ¡Yupi!

(Travesuco también se despierta; antes de incorporarse anda a cuatro patas hasta dónde están sus compañeros; Amapola se acerca a él bailando, le ayuda a levantarse y lo gira)

TO y **A** - ¡Venga Travesuco! ¡Coge el ritmo!

(Travesuco se adelanta, mira al público hace varios gestos con la boca como si fuera a hablar y después de varios intentos comienza a cantar)

A - (Grita emocionada) ¡Ah, Travesuco canta!

TO - ¡Y cómo canta!

(El Maestro Coccolone se despierta; se incorpora medio atontado sin saber muy bien dónde está y qué está pasando)

MC - (Gruñón) Aquí no hay quien duerma, sois unos... (Mira a sus compañeros y cambia su tono gruñón por otro alegre y de plena satisfacción) ¡Sois unos artistas de primera! Muy bien, así os quiero ver (Mira al público y lo anima para que se levante y haga palmas)

(Los cuatro siguen su espectáculo, hasta que Travesuco da un agudo)

TR - (Cantando) Ridi pagliaccio...

(Amapola, Tocotó y el Maestro Coccolone quedan embobados, y enseguida se abrazan todos. Suena el gong; se congelan; sale el juglar)

J - ¡Miren que escultura más bonita!

(El juglar aplaude, pero haciendo así descongela a los payasos estando todavía él en escena; lo miran todos, con susto)

A - (Se atreve) ¿Y tú quién eres?... Bueno ¡vente con nosotros que nos vamos al teatro!

(Salen todos muy felices)

FIN DE LA HISTORIA



Conversando con Asun.

Texto: Justo Barboza Colantonio

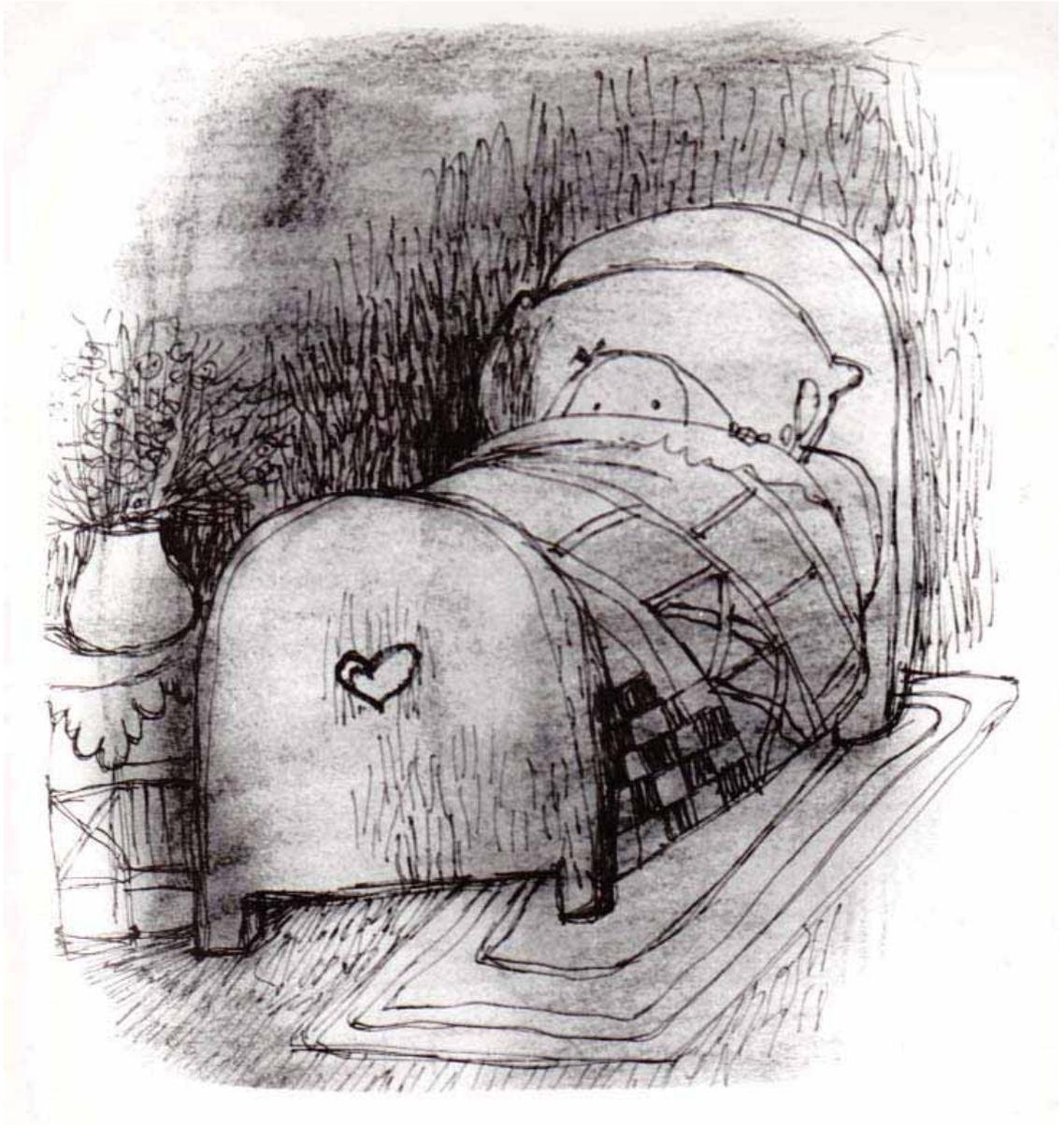
Ilustraciones: Asun Balzola

Apuntes para una leyenda

Recordaba Asun que en el Museo de Orsay le había llamado la atención las palabras de una niña de unos 8 años, respondiendo a la insistencia de su madre en hacerle valorar la maestría con la que Seurat había representado a un caballo blanco en su cuadro *El circo*:

-Yo también lo sé hacer así





En la reciente exposición “La abstracción del paisaje” de la Fundación March, quien escribe estas líneas observó una escena parecida cuando un padre se empeñaba en demostrarle a su hijo la destreza con la que Vincent van Gogh había dibujado un caballo en su cuadro “Campos y jardines”, y el niño -solidario, sin saberlo, con aquella niña de Asun en el Orsay- le respondió: yo lo hago igual.

La perplejidad de Asun en su observación de entonces provenía de no admitir muy razonablemente que las personas mayores suelen actuar obligando a que los niños admiren la maestría puesta en la ejecución de una obra de arte. Pero aquí podríamos preguntarnos por qué raro pudor Asun no relacionó este episodio de París con su admirable capacidad defensiva: el rarísimo mérito de una artista que, más allá de su elaborada formación cultural, se hizo invencible en su natural disposición para crear como jugando.



Un decálogo para aprender a jugar con Asun Balzola

Con tu blusa de agua y tu frente de luz.

Una escalera de grises azulados con malvas claros para renovar la forma de tomarse de la mano.

Secretamente, como tú, todos preferiríamos dormir reunidos y dar calidez a los tonos cenizas con calma y saliva.

¡Qué dolor no paraliza y posterga lo soñado.?

Sin embargo tú alzaste el pincel para dejar caer un punto azul como una isla de felicidad para los demás.

Antes de sumirte en la soledad contemplativa preferías combatir con editores o con bomboneros.



Gracias a ti aprendimos a liberar cada cosa de su tinte, en la alacena la flor, en la merienda el mantel.

Cada pato con su caracol, y el saltamontes contorneado y abierto hacia el gato anaranjado de la página siguiente.

¿Qué color no nos lo hiciste tan ilusionable como el de un par de sandalias para una expedición fantástica?

Por eso, Asun, aquí te apunto una leyenda que se refiere a ti, dice: la sombra no existía antes de que se hiciese la luz, por eso nosotros diremos que con el agua sucedió algo semejante cuando pintaste un pez redondo sobre un verde esmeralda suavísimo.

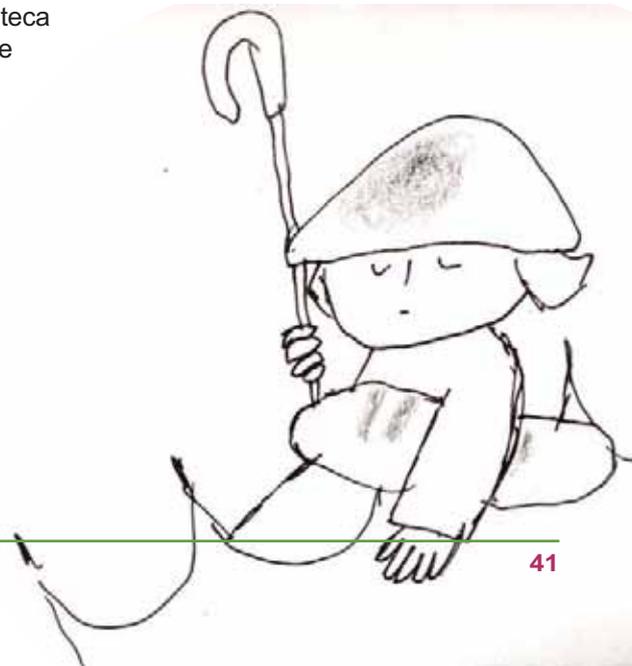


Datos biográficos de Asunción Balzola Elorza

(Bilbao, 18 de julio de 1942 - Madrid, 22 de junio de 2006)

Ilustradora, escritora y traductora española. Estudió pintura y grafismo en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, tras recuperarse parcialmente de un grave accidente de coche. También trabajó en los campos de la publicidad y en el diseño gráfico. Su archivo y biblioteca personal fue legado, de manera póstuma, al Centro de Documentación Infantil de la Biblioteca Central de San Sebastián

Desempeñándose en las asociación de Ilustradores y de Artistas españoles fue una tenaz defensora de sus colegas.



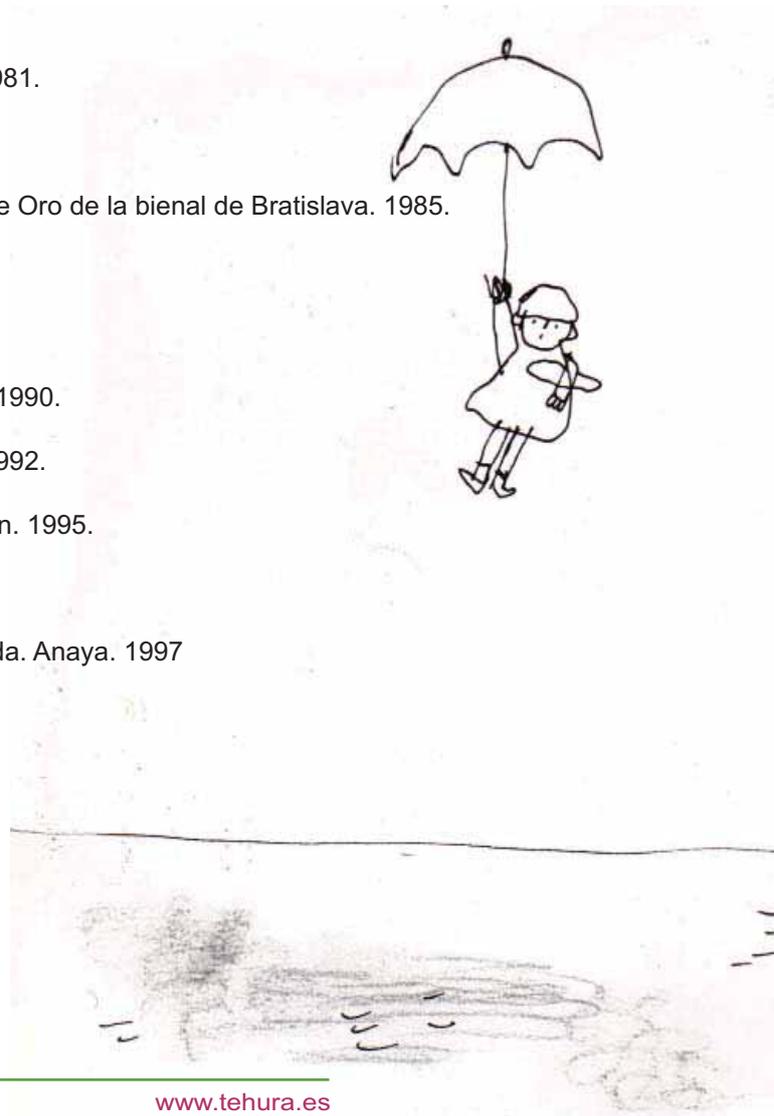


Algunas obras ilustradas por Asun Balzola:

- * Las noches del gato verde. Textos de Elizabeth Mulder. Anaya. 1962.
- * Cancionero infantil universal. Bonifacio Gil. Aguilar. 1965. Premio Lazarillo.
- * Platero y yo. Juan Ramón Jiménez. Bruguera. 1980.
- * Zuecos y naranjas. Montserrat del Amo. La Galera. 1981.
- * La bruja doña Paz. Antoniorrobles. Miñón. 1981.
- * Txitoen istorioa. Bernardo Atxaga. Premio Manzana de Oro de la bienal de Bratislava. 1985.
- * La cacería. Bernardo Atxaga. Altea. 1986.
- * Celia en la revolución. Elena Fortún. Aguilar. 1987.
- * Un montón de Unicornios. Ana María Machado. SM. 1990.
- * Papá ya no vive con nosotros. Manuel Alonso. SM. 1992.
- * Poemas para la pupila. Juan Cruz Iguerabide. Hiperión. 1995.
- * El primer gigante. Teresa Durán. La Galera. 1995
- * Cuando los gatos se sienten tan solos. Mariasun Landa. Anaya. 1997
- * El niño dibuja la noche. Scott Foresman. 1999
- * Desde mis ruedas. Alberdania 2002.

Enlaces de consulta:

<http://www.asunbalzola.com/>



Felipe Pigna en Madrid: *Lo pasado pensado.*

Andrea Bani

El 8 de octubre de 2008, en los locales del CAUM en la plaza Tirso de Molina, en el centro de Madrid, se presentó el nuevo libro del historiador argentino Felipe Pigna, *Lo pasado pensado. Entrevistas con la historia argentina (1955-1983)*. El título es la distorsión de la frase "lo pasado pisado".

El evento fue organizado por una amplia lista de organizaciones presentes en España: la Asociación Argentina pro DDHH-Madrid-, la Casa Argentina, Centro Argentino de España, Comisión de Exiliados Argentinos-Madrid, Observatorio Hispano Argentino, Peña Hispano Argentina de Collado Villalba. La adhesión del Fondo Poetario Internacional y la convocatoria y difusión del Departamento Cultural de la Embajada Argentina.

El autor ciertamente es conocido por la audiencia argentina por ser el autor y conductor de una serie de documentales de idéntico título al libro, y que son transmitidos por la televisión. También es debido decir que se trata de un historiador verdadero, quizás más de reportaje que de búsqueda en archivos, y cuyo método de trabajo es riguroso. En la obra, se publican entrevistas realizadas por el mismo Pigna a varios protagonistas de la historia argentina del periodo llamado "Resistencia peronista", es decir, aquel lapso de tiempo que transcurre entre la caída de Perón en septiembre de 1955 y su vuelta en septiembre de 1973, que culminará con la muerte de Perón, el gobierno de Isabel Perón, y finalmente el golpe de estado militar de marzo de 1976.

En los dieciocho años de ausencia del mayor personaje político argentino del siglo XX, y seguramente uno de los más importantes de toda América Latina, se alternaron gobiernos democráticos y gobiernos de facto, en un ambiente político caracterizado por la exclusión de candidatos peronistas para los comicios electorales. Perón, después de ser acogido por varios países americanos, residió en Madrid desde el año 1960, y aquí se quedó hasta su retorno a la Argentina. El motivo por el cual Pigna escogió

dicho periodo se aclaró al principio de la charla, que estuvo casi por completo formado por ciudadanos argentinos que desde hace algunos años residen en la capital española, ya sea desde la época del exilio o como emigrantes más recientes; lo que ocurrió en marzo de 1976, es decir, el golpe militar, tuvo que ver con lo que pasó en septiembre 1955, es decir, el derrocamiento de Perón.

El debate fue muy sentido por los asistentes, muchos de los cuales habían vivido de cerca los acontecimientos que se rememoran en el libro, y muchos de los cuales habían sido militantes peronistas como común denominador; las citas históricas, los relatos vitales personales y las consideraciones críticas acerca de uno o de otro aspecto de la historia argentina se siguieron sin orden, haciendo el debate algo incomprendible para cualquier neófito, o siquiera no argentino.



Pigna, Felipe. *Lo Pasado Pensado. Entrevistas con la historia argentina (1955-1983)*. Grupo Editorial Planeta 2005
ISBN: 950-49-1432-2

IV Festival de Teatro Rural

Érica González

(Directora del Grupo de Teatro "Verde Araucaria")

En busca de una identidad escénica fronteriza

Entre sonrisas y aplausos culminó el pasado 27 de noviembre el IV Festival de Teatro Rural en el Paraje 130 de San Antonio, Festival organizado por Darío Villalba (Promotor teatral y cultural), la Escuela N° 591 (Paraje 130) y el Grupo de Teatro "Verde Araucaria". Fueron representadas ocho obras cortas en un escenario montado con iluminación y tramoya. Obras representadas por los jóvenes, adolescentes en su mayoría. El resultado es producto de un importante trabajo colectivo, en el que ha habido una constante dedicación individual en la composición de los personajes, una recuperación por la utilización del espacio escénico, la integración de la noción del instrumento corporal y de los distintos ejercicios que en el estudio del arte dramático los distintos grupos han aprendido durante el año.



Pro
Misi



Como resumen de las actividades desarrolladas en el festival vamos a realizar un resumen de lo que se ha podido ver. En primer lugar, abriendo la jornada teatral, el grupo de teatro Verde Araucaria puso en escena la obra "El Espantapájaros" -mimodrama-, obra que representó a Misiones en los Juegos Culturales Evita en Mar del Plata. A continuación se representó la obra del grupo teatral de la Escuela del Paraje 130 con la obra "Conflictos de una Familia". Después fue el turno del grupo invitado, la Escuela de Frontera de San Antonio, con dos obras: "El Accidente" y "Una Historia de Amor". La velada continuó con la obra "En Busca de un Futuro", del Grupo del Paraje 130. Le siguió el grupo del Paraje El Pesado, representando la obra "Alta velocidad". El Taller de teatro de San Antonio escenificó la obra de pantomima "El Pescador". El broche de oro estuvo a cargo del grupo Verde Araucaria, con el estreno de la obra "Distancias". Por si eso fuera poco, como cierre del festival, y fuera del programa éste, el conocido Grupo de títeres Arteniño de Eldorado, puso en escena la obra de títeres "El zorro y el tatú".

El público, en su mayoría niños, jóvenes y docentes, mostró su entusiasmo por todas y cada una de las obras teatrales representadas, que este año fueron de temáticas muy diversas. A título de ejemplo, destacaron el llamado de atención sobre la seguridad vial y también sobre la realidad de los jóvenes de estas zonas rurales en busca de un futuro.

Cuando mencionamos la identidad transfronteriza de esta región nos referimos al fértil y constante intercambio cultural con la comunidad brasileña. Esto supone reflexionar sobre los valores socioculturales propios y compartidos. Asimismo, con el teatro tratamos de reflejar ciertas costumbres y preocupaciones de la gente de esta zona rural, con el fin de encontrar soluciones que ayuden al desarrollo y realización de nuestra gente.

Por supuesto somos conscientes de que estamos atravesando una crisis mundial, por eso poder sostenerse en el tiempo con los proyectos ayuda a fortalecernos y fortalecer la actividad teatral del país, y brindar una herramienta más de lucha y expresión para los integrantes de toda la comunidad.



Los autores de las obras:

- *El espantapájaros*: autores: Dario Villalba y Marcelo Rosch.

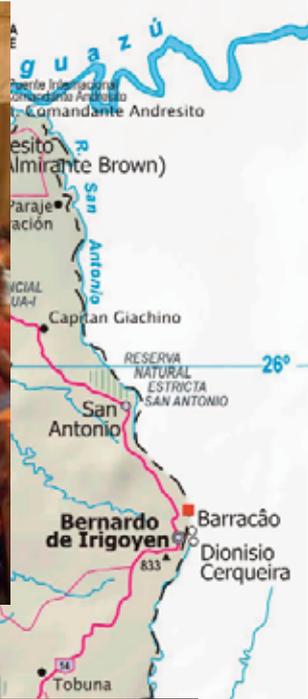
- *El Pescador, Distancias*: Dario Villalba.

- *El zorro y el tatú*: adaptación de "Arte Niño" de la obra anónima El zorro y el quirquincho.

- Las demás obras son de creación colectiva, producto del trabajo conjunto, coordinado por Dario Villalba.

Procedencia de los grupos participantes:

- La ciudad de Eldorado;
- La ciudad de San Antonio y de sus siguientes parajes: Paraje Km. 130 y Paraje El Pesado.



El Festival se realizó en el Salón Multiuso de la Escuela Mar del Plata del Paraje Km. 130, ubicado sobre la ruta ecológica nacional Nº101, perteneciente al Municipio de San Antonio.





NORMAS DE PUBLICACIÓN

La finalidad de Revista Tehura es abrir un espacio para la publicación de trabajos de investigación en las diversas disciplinas del saber.

El formato de los originales, que se pueden enviar en cualquiera de los idiomas europeos más habituales, es el siguiente:

- **Artículos:** un máximo de 20 páginas a doble espacio, es decir, de 35 líneas y 75 caracteres cada línea. La primera página debe contener, por este orden: título, nombre del autor, Resumen/Abstract de unas 8 líneas de 70 caracteres cada línea, y hasta 6 Palabras clave, en el mismo idioma que el texto y su traducción a otro idioma, en ambos casos.

- **Notas Críticas:** máximo de diez páginas a doble espacio, de 35 líneas y 75 caracteres.

- **Reseñas de libros recientes:** máximo de dos páginas.

- **Propuestas gráficas:** variable según el proyecto. Dos modalidades: proyecto monográfico o ilustración de artículos.

En la primera página de Artículos y Notas Críticas, junto con el nombre y apellido(s) del autor se ha de indicar a pie de página, mediante llamada de asterisco: la dirección postal (profesional o particular), y el e-mail. Las notas bibliográficas deben incluirse a pie de página y redactarse como sigue:

- **Libro:** Laclau, Ernesto: Política e ideología en la teoría marxista, Madrid, Siglo XXI, 1978.

- **Capítulo de libro:** Campos, Victor: "Universo y tiempo", en: M. Carpentier y G. Sarlo (eds.): Nuevo siglo, Madrid, Virus, 1999, pp. 61-85.

- **Artículo:** Altamirano, Carlos: "Conceptos de Sociología", Punto de Vista (Buenos Aires), nº 8, Diciembre 1983, pp. 61-83.

Las referencias bibliográficas al final, en su caso, deben comenzar por el apellido del autor, para ordenarlas alfabéticamente.

Derechos de autor: el autor que envía su artículo a la Revista Tehura se compromete a autorizar su publicación. A los autores corresponde tanto la responsabilidad de las opiniones expresadas en sus trabajos como los derechos de autor sobre los mismos.

Procedimiento: los autores recibirán un acuse de recibo de los originales enviados, que serán objeto de un informe de idoneidad de su publicación o no por parte del Consejo Editorial de Tehura, tal decisión será comunicada a los autores.

Envío de originales (para no registrados): se enviará el original en formato .doc, indicando el autor, la dirección de contacto, correo postal, e-mail, teléfono.



Revista Tehura - revista de cultura, pensamiento y saberes -

Tehura nace como revista de política, arte y cultura en un sentido amplio, exclusivamente en formato Web. Su periodicidad es anual, esperando que tenga una buena acogida desde el público lector. Algo que desde luego no nos desanima, pues nuestra fe es mucha y nuestro empeño aún mayor. En ella se podrán encontrar ensayos, cuentos, poemas... y concienzudos y bien matizados análisis de lo que convenimos en llamar Realidad: desde el peronismo y la Argentina contemporánea, pasando por el presente del teatro, hasta lo último en Arte de hoy... Pasen y lean.

Palabras clave: Tehura, revista, cultura, política, arte, bellas artes, ciencias humanas, ciencias sociales, filología, lengua, lenguaje, lingüística, literatura, filosofía, pensamiento, religión, ciencias puras, exactas, naturales, ciencias aplicadas, medicina, técnica, geografía biología, historia. psicología, psicoanálisis, redes, sistemas

nº 2

REVISTA TEHURA
CREACIÓN, FILOSOFÍA, ARTE, POLÍTICA, SOCIOLOGÍA...